



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA COMPLEMENTARIA SESIÓN 5

CBX 104 INTRODUCCIÓN A LA BIBLIA

Baslez, Marie-Francoise. “De lo oral a lo escrito”, “Modos de escribir y géneros históricos”. En *Cómo se escribe la historia en la época del Nuevo Testamento*, 7-27 y 47-67. Estella: Verbo Divino, 2009.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

De lo oral a lo escrito

La cuestión del paso de lo oral a lo escrito en los diferentes ambientes del mundo grecorromano es determinante para apreciar la distancia de una a dos generaciones que separa la predicación de Jesús y la de los apóstoles de la formación de los evangelios, entre los años 70 y 90, o incluso de la redacción de los Hechos de los Apóstoles, hacia el 80. Depende no sólo de la utilización de lo escrito en los ambientes considerados, acercamiento que hoy sigue siendo difícil, sino también del funcionamiento de la memoria colectiva en torno a las señales que la investigación contemporánea pone cada vez más de relieve.

Testimonio ocular y «autopsia»

En su prólogo metodológico, el autor del tercer evangelio y los Hechos concibe su trabajo de historiador como una investigación a la manera de Heródoto: ha recogido testi-

monios oculares transmitidos progresivamente; ha tenido en cuenta la autenticidad y la legitimidad apostólica de estos testigos; de ello ha deducido «un relato ordenado» susceptible de aportar una prueba auténtica, mediante hechos establecidos, a la catequesis recibida por su lector.

I Dedicatoria del evangelio de Lucas 1,1-3

Puesto que muchos han emprendido [la tarea de] componer un relato de los acontecimientos cumplidos entre nosotros, según lo que nos han transmitido aquellos que fueron desde el principio los testigos oculares y que se han convertido en servidores de la Palabra, he decidido también yo, después de haberme informado cuidadosamente de todo desde los orígenes, escribir para ti un relato ordenado muy honorable Teófilo, para que puedas constatar la solidez de las enseñanzas que has recibido.

Este método que asocia investigación y reescritura de la historia era ya el de Polibio a mediados del siglo II a. C. La historia, en cuanto «investigación» (*historia*), debe

concluir formando un «todo orgánico» para dar cuenta del designio providencial.

2 POLIBIO, *Historias* I, 4,1.9-11

* o segmentada, *kata meros*

Por medio de la historia es preciso concentrar en una sola visión «sinóptica» el plan que la Fortuna ha aplicado para la realización de una serie universal de acontecimientos. [...] Si es posible tener una idea de todo según las partes, es imposible tener de ello una ciencia y una conciencia exactas. También debemos pensar que la historia monográfica* no aporta más que una contribución absolutamente escasa para el conocimiento y la fiabilidad del conjunto. Partiendo de la conexión y la comparación de todos los hechos entre sí, de sus semejanzas y sus diferencias, es como –solamente tras un examen– se puede sacar provecho y agrado de la historia.

Más tarde, a comienzos del siglo II d. C., Arriano continúa imitando a Heródoto en su obra sobre la conquista de la India por Alejandro, mientras que, por otra parte, recoge los enfoques y el lenguaje de Jenofonte. Los modelos historiográficos griegos clásicos perduraban por tanto en la época en que se escribió el Nuevo Testamento. Pero la diferencia es que Lucas valora los testimonios oculares, mientras que Heródoto se entregaba sobre todo a las tradiciones orales, conservadas en particular en la memoria de los sacerdotes, tanto en Egipto como en Delfos; sin embargo, el «padre de la historia» construye también el marco de sus investigaciones sobre tres generaciones, tantas como testigos directos quedan del acontecimiento. Así hace Lucas, lo que le sitúa entre aquellos a los que Polibio llama los historiadores «pragmáticos», aquellos que se interesan por los hechos, por los «actos». Al mismo tiempo, la valoración del testimonio ocular determina un modo de escribir más preocupado por «hacer visible» para el lector el acontecimiento del pasado.

En la literatura histórica o geográfica griega, el testimonio ocular es en general el del autor, que se compromete

así él mismo. El principio de la *autopsia*, «ver por uno mismo», apareció como la prueba auténtica por excelencia a partir del siglo IV a. C. La importancia concedida a la experiencia personal y al examen directo marca desde entonces la descripción geográfica del mundo, que a partir de ese momento está ligada al viaje: se trata de ir a verificar sobre el terreno lo que se ha aprendido en los libros o por la tradición. Así lo afirma el sofista Dión de Prusa a finales del siglo I, en el preámbulo a uno de sus discursos que explota el tema del viaje: «Voy a describir lo que he visto con mis propios ojos y no aprendido de otros» (*Discurso eubeo* I). En este discurso, historiadores y economistas quedan sorprendidos justamente por el carácter tópico de una descripción de la isla de Eubea, inhabitual y única para la época, que ilustra la desertificación de las campiñas como consecuencia del desarrollo de los *latifundia* romanos.

También las Memorias son buscadas y privilegiadas como fuentes primarias para escribir la historia: por ejemplo, en la época romana, de Diodoro a Arriano, la historia de Alejandro se escribe a partir de las Memorias de sus compañeros, Ptolomeo, Nearco o Aristóbulo.

La referencia al testimonio ocular marca claramente la puesta por escrito de los evangelios, mientras que los grandes historiadores de la época helenística y romana emplean sobre todo como pruebas testimonios directos de fuentes literarias pasadas por el crisol de la crítica. Tomás es la figura emblemática de aquel que ha creído porque ha visto. El testimonio autobiográfico del cuarto evangelio resulta también muy elocuente: «Vio y creyó» (Jn 20,8). Muy rápidamente, el testimonio ocular, o al

menos el testimonio directo, se convirtió en el principal criterio de autenticidad cuando se trató de constituir el canon cristiano a finales del siglo II. Así es como la tradición hizo de Marcos un compañero de Pedro, que habría recogido sus recuerdos de Jesús. Esta tradición sirve de referencia a la vez para Clemente de Alejandría hacia el 160 y para Eusebio en el siglo IV, cuando compone la primera historia de la Iglesia.

3 EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* III, 39,15

Marcos, que era el intérprete de Pedro, escribió con exactitud, pero sin orden, todo lo que recordaba de lo que había sido dicho o hecho por el Señor. Él no había escuchado ni acompañado al Señor. Pero más tarde acompañó a Pedro. Éste daba sus enseñanzas conforme a las necesidades, pero sin hacer una síntesis de las palabras del Señor. Así, Marcos no cometió error al escribir como recordaba

Más tarde se identificó al autor del cuarto evangelio, el del Apocalipsis y (algunas veces) Juan el Anciano, el autor de tres cartas, con el discípulo al que Jesús amaba; el primer evangelio fue atribuido a Mateo, un discípulo directo de Jesús, y el tercero a un compañero de Pablo.

El hecho de tomar notas de las palabras de un maestro por uno o varios de sus discípulos se remontaría, según la tradición, al ambiente socrático, a finales del siglo V: «Jenofonte fue el primero en tomar notas de las conversaciones de Sócrates y en darlas a conocer a los hombres bajo el título de "Memorables" [*apomnemeumata*]», así escribe Diógenes Laercio (*Vidas y doctrinas de los filósofos ilustres* 22,48).

Hay que observar que los evangelios quisieron, al menos una vez, relacionar la predicación de Jesús con la enseñanza socrática, cuando escribe en el suelo en el momento en que le llevan a la mujer adúltera (Jn 8,6). Incluso cuando la enseñanza del maestro seguía siendo oral, lo escrito podía ser utilizado en torno a él. La palabra griega empleada por Diógenes Laercio para mencionar la toma de notas significa «consignar mediante signos» (*hyposemeiosis*), lo que podría sugerir la utilización de una estenografía, atestiguada en el Imperio romano. Pero, ¿se trata de un anacronismo? Diógenes Laercio escribió a comienzos del siglo III d. C. y la palabra utilizada no aparece antes en los papiros. Ciertamente, Platón, oyente directo de Sócrates, evoca también la toma de notas en ese ambiente.

* *hypomnēmata*

* *logos*

Terpsión: Pero, ¿cuáles eran las conversaciones de Sócrates con Teeteto? ¿Podrías contármelas?

Euclides: No, por Zeus. Al menos no oralmente. Pero yo puse por escrito entonces mis recuerdos* tan pronto como entré en mi casa. Más tarde, tranquilamente, escribí todo lo que me venía a la memoria y, cada vez que volvía a Atenas, preguntaba de nuevo a Sócrates sobre aquello de lo que no me acordaba. De regreso aquí procedía a las correcciones. Así, casi todo el discurso* de Sócrates se encontró traducido por mí. [...] Éste es el volumen, Terpsión. No obstante, he puesto por escrito la conversación de tal manera que Sócrates, en lugar de contármelo como lo hizo, conversa directamente con aquellos que, según su relato, le dieron la réplica. [...] He hecho de mi transcripción un diálogo directo entre él y sus interlocutores.

Así pues, Platón parece confirmar la práctica corriente, en el siglo IV a. C., que tenían los discípulos de un maestro de poner por escrito inmediata y escrupulosamente las conversaciones a las que acababan de asistir. La práctica del escrito está por tanto bien atestiguada en el ambiente de los filósofos. Pero, ¿tenemos con ello una garantía de la autenticidad de las palabras pronunciadas? ¿O no será sino una brillante puesta en escena, como Platón lo concibe al comienzo de cada uno de sus Diálogos, para introducir sus palabras en un marco concreto? Se trata de dar la apariencia ilusoria de lo vivido, lo que debilitaría indiscutiblemente la noción de testimonio ocular, el cual se convierte en un procedimiento de escritura. En el caso de Jenofonte en particular se han señalado tantos anacronismos en las *Memorables* que la toma de notas parece improbable. Las *Memorables* serían un modo de escritura y la puesta en escena de una Vida (cf. p. 89), sin pretender restituir al Sócrates histórico.

El hecho de que Eusebio niegue todo orden al segundo evangelio prueba que las comunidades cristianas, en la

segunda o tercera generación, distinguían dos tradiciones historiográficas: la que ellas consideraban como recopilación de materiales «sin orden» y relatos organizados, lo que Lucas había tenido la ambición de hacer. Este juicio es de orden literario y no prejuzga una construcción teológica propia en el segundo evangelio. Pero esta tipología, que vale lo que vale cuando se trata de los evangelios y los Hechos, estaba perfectamente anclada en los intelectuales y las gentes cultivadas de la época. Desde Polibio (siglo II a. C.) se considera que el verdadero «historiador» (*syngrafeus*) es un escritor que compone una «síntesis» a partir de informaciones de las que dispone directamente o a raíz de sus «investigaciones» (*historia*). La escritura de la historia es concebida como una «disposición», un «ordenamiento» lógico. La exposición desordenada de materiales brutos, lo que hoy llamaríamos el «cortar y pegar», correspondía evidentemente a géneros menores.

En el evangelio de Marcos, el más antiguo y el más condensado, el testimonio ocular es expresamente reivindi-

cado en un relato de milagro, mediante la inserción de palabras en arameo conservadas de una forma incongruente para unos lectores helenófonos de Roma; así dice Jesús a la hija de Jairo: «*Talithá, qum* [Niña, levántate]» (Mc 5,41).

Es incluso la referencia, explícita esta vez, a un testimonio directo y a una transmisión oral. De esta manera somos remitidos a un problema más amplio, el del registro de las palabras del maestro, después de su traducción, puesto que éste había llevado a cabo verosíblemente su predicación en arameo, la lengua hablada del Próximo Oriente romano.

Registrar las palabras de un maestro

Los evangelios, como sabemos, están contruidos como la presentación de palabras de Jesús articuladas mediante relatos. Estas palabras o estos relatos (las *parábolas*) se transmitieron en estilo directo, lo cual constituye una especificidad del género en el conjunto de la literatura griega: en efecto, los autores antiguos, griegos y romanos, privilegiaban la continuidad y la homogeneidad estilística sobre la preocupación de precisión: así eran llevados a reescribir sistemáticamente las palabras y discursos de sus héroes, que se convierten entonces en exposiciones en forma de balance o de debates, destinados a iluminar el sentido del acontecimiento, la naturaleza y la representatividad emblemática del personaje.

5 Tucídides, *La guerra del Peloponeso I*, 22,1

* conflicto entre Esparta y Atenas
(ca. 431-ca. 404)

He de añadir que, en lo tocante a los discursos pronunciados por unos o por otros, ya sea durante la guerra*, ya sea justo antes, era muy difícil reproducir su tenor con exactitud, tanto para mí, cuando personalmente los había escuchado, como para cualquiera que me los refiriera de tal o cual procedencia. He expresado lo que en mi opinión habrían podido decir que respondiera lo mejor posible a la situación, situándome para el pensamiento general lo más cerca posible de las palabras realmente pronunciadas: éste es el contenido de los discursos.

Los discursos de Pedro y de Pablo insertos en los Hechos indican esta práctica, pero la suerte de las «palabras de Jesús» (llamadas *logia*) en los evangelios es absolutamente particular.

Desde hace mucho tiempo, la confrontación de los evangelios sinópticos entre sí ha conducido a numerosos exegetas a suponer la existencia de una primera recopilación

escrita de las palabras de Jesús, que habría servido de fuente común al primer evangelio y al tercero. Se la llama convencionalmente «fuente Q». Jamás se ha encontrado la menor huella de semejante documento, pero, en los años cincuenta, el descubrimiento de un *Evangelio de Tomás* en la biblioteca de Nag Hammadi, en Egipto, reavivó el debate sobre la constitución y la circulación, muy precoces, de recopilaciones de palabras de Jesús.

6 Evangelio de Tomás I

Éstas son las palabras ocultas que Jesús el Viviente dijo y que transcribió Dídimo Judas Tomás.

Dijo: «El que llegue a la interpretación de estas palabras no gustará la muerte».

Sigue una serie de ciento dieciséis citas, más o menos breves, frecuentemente paralelas a los evangelios de Mateo y de Lucas. En general están introducidas por la fórmula «Jesús dijo», pero algunas de estas palabras están en forma de pregunta-respuesta. La obra parece depender de la esfera de la tradición oral que se esfuerza por conservar la sustancia de una enseñanza confiéndole un carácter memorable, más que la historia de un hombre o de un movimiento. Ciertamente, el propio título de «palabras ocultas», así como el carácter sectario de la comunidad que constituyó y utilizó esta biblioteca, llevan a considerar a este evangelio como un escrito iniciático más que como una colección documental de palabras de Jesús. Sin embargo, la independencia de este texto con respecto a los sinópticos, la deconstrucción de la interpretación sectaria y el estudio de los procedimientos de composición permiten suponer un sustrato antiguo, anterior a los tres primeros evangelios. Otras palabras de Jesús citadas por los Padres apostólicos y por Justino, a comienzos y a mediados del siglo II, circularon también hasta esa fecha por caminos independientes de los evangelios canónicos. Así es como se ha llegado hoy a tomar más en cuenta, aunque no se pueda reconstruir exactamente, todo un trabajo de transmisión y de reinterpretación de las palabras de Jesús.

¿Cómo habían sido conservadas antes de que los apóstoles las hicieran circular en las Iglesias que fundaron? ¿Únicamente en la memoria de los oyentes o ya en notas escritas? La segunda hipótesis no resulta inverosímil, habida cuenta de que las memorias o memorandos (*hypomnēmata*) se extendieron en los últimos siglos antes de nuestra era. Las técnicas de estenografía aparecen en el siglo I d. C. como fecha más tardía. En la *Vida de Apolonio de Tiana*, un taumaturgo que viajó e hizo discípulos por todo el Imperio en el siglo I d. C., leemos que este sabio había aprendido de un empleado de su padre la estenografía en su juventud; iba acompañado por un secretario, Damis, que anotaba sus palabras así como los acontecimientos vividos por el grupo durante sus peregrinaciones, y que redactó después sus memorias.

En definitiva, el actual debate versa por tanto sobre el grado de aculturación del grupo de galileos que rodeaba a Jesús, sobre la relación maestro-discípulos que podía existir entre ellos y sobre la adopción de prácticas griegas. Ahora bien, la arqueología nos habla hoy de la helenización y la modernización de Galilea en tiempos de Jesús. Un discípulo surgido de la administración de aduanas, como era Mateo, o incluso patronos pecadores, estaban constituidos en sociedades civiles, debían de ha-

blar griego y utilizar corrientemente la escritura. Más generalmente, algunas referencias del Talmud dejan suponer que en la época de Jesús todo joven judío aprendía a leer y a escribir. En el evangelio de Juan, el episodio de la mujer adúltera pone en escena a Jesús trazando signos en el suelo (Jn 8,6.8), a la manera de un filósofo griego que hace una demostración en medio de sus discípulos. Pero aunque, en definitiva, una práctica cotidiana de escritura es posible en el seno del grupo de Jesús en el contexto de la época, también es verdad que una escena evangélica no puede constituir un testimonio directo sobre el grado de alfabetización y de aculturación del maestro.

Pero el problema se desliza aún del nivel de las palabras de Jesús a la necesidad de reunir las en una recopilación para la misión cristiana. Los intelectuales del

mundo grecorromano estaban acostumbrados a utilizar en sus libros o sus conferencias colecciones de hechos o dichos notables, que fabricaban a partir de notas tomadas durante sus lecturas o a lo largo de conversaciones. Hacia la época en que surge el cristianismo, conocemos recopilaciones de muchas palabras de César y de Cicerón, precedidas por una compilación de sentencias de Catón. Se nos han conservado dos recopilaciones de «dichos memorables» de Plutarco, las *Sentencias [apoftegmas] de reyes y de generales* y las *Sentencias de lacedemonios*. Son catálogos de personajes ilustres, que agrupan en cada uno de ellos entre una y veinte citas, en estilo directo o indirecto. Algunas de ellas pueden remitir a un acontecimiento preciso o a documentos legislativos o diplomáticos, a veces olvidados, lo que constituye su interés. Otras parecen ofrecer la sustancia de un discurso oficial.

7 PLUTARCO, *Sentencias de los generales*

Publio Licinio

El cónsul Publio Licinio, derrotado por el rey de Macedonia Perseo en una batalla de caballería, perdió ochocientos hombres, caídos o capturados. Cuando Perseo le envió emisarios tras la batalla para concluir la paz, el vencido invitó al vencedor a contar con los romanos.

César Augusto

5. En Sicilia, él* nombró a Areyo procurador en lugar de Teodoro de Tarso. Habiéndole entregado alguien un libelo con estas palabras: «Calvo... Teodoro era un ladrón; ¿qué piensas tú de ello?», César, después de haberlo leído, escribió como respuesta: «Lo pienso».

11. Decía que dejaría a los romanos como sucesor en el Imperio a un hombre que jamás había deliberado dos veces sobre el mismo asunto, y quería hablar de Tiberio.

* César Augusto

13. A las gentes de Atenas, culpables en su opinión de una falta grave, escribió de Egina que no quería dejarles que ignoraran su irritación, porque sin ello no llegaría hasta el final del invierno en Egina. No les dijo ni les hizo nada más.

15. Mientras que Pisón construía su casa, desde los cimientos al tejado, con un gran cuidado: «Me colmas de alegría –dijo– al construir de ese modo, como si Roma fuera a durar eternamente».

Constatamos cómo las noticias van del relato o la escena pintoresca al registro mnemotécnico de datos históricos concretos, tales como las víctimas de una batalla. También observamos que las letras se consideran como la forma escrita de la «palabra». Para Plutarco, que dedicó el primer libro al emperador Trajano, esta recopilación proporciona una especie de galería de «semblanzas de grandes hombres en síntesis». Las palabras reunidas por sí mismas, dice, son «testimonios y semillas de vida»; en efecto, la naturaleza y los principios de los grandes hombres se muestran mejor, en su opinión, en las palabras que en los hechos, dependiendo éstos más del azar. De las «buenas palabras» a las «palabras memorables», estas colecciones eran variadas. Para designar las palabras de Cristo y marcar la diferencia, los exegetas tomaron del griego de los Setenta el término de *logia* –«oráculos proféticos»–, que era aplicado a la palabra de Dios, y no el término corriente de *logoi*.

La utilización de una recopilación de palabras como fuente primaria de los evangelios inscribe a éstos en una tradición historiográfica griega. En efecto, en los libros bíblicos, las galerías de grandes figuras expuestas en la Sabiduría de Ben Sirá y en el primer libro de los Macabeos memorizan no palabras, sino hazañas. También utilizan abundantemente la prueba documental.

Pruebas documentales y archivos comunitarios

Contrariamente a los evangelios, que no utilizan más que el testimonio ocular y la tradición oral, los Hechos se inscriben más bien en la tradición de la «gran historia», introduciendo en el relato piezas documentales. El autor hace así suya una preocupación creciente de los historiadores antiguos. Mientras que Heródoto y Tucídides, en el siglo v, no citan más que excepcionalmente documentos de archivos y prefieren parafrasearlos para integrarlos completamente en su texto, los historiadores judíos, desde el regreso del exilio, no dejaron de acumular y de citar íntegramente documentos oficiales, destinados a fundamentar históricamente los derechos del Templo y los del pueblo. Este procedimiento aparece en el libro de Esdras, continúa en los libros de los Macabeos y después en las *Antigüedades judías*, de Flavio Josefo. En las inmediaciones de nuestra era, el historiador griego Diodoro inserta también un cierto número de piezas de archivos en su *Biblioteca histórica*, y el romano Tácito hace lo mismo a comienzos del siglo II, cuando se trata de apreciar el derecho a la autonomía de los grandes santuarios de Asia Menor. En la historiografía antigua, el documento oficial hace la función de prueba auténtica.

8 Hechos de los Apóstoles 15,23-29

Los apóstoles y los ancianos entre los hermanos a los hermanos procedentes de las naciones de Antioquía, de Siria y de Cilicia, salud.

Por cuanto hemos oído que algunos de entre nosotros, con su llegada, os han turbado con su palabra y han trastocado vuestros espíritus, cuando nosotros no les habíamos dado recomendaciones para ello, hemos decidido, por unanimidad, elegir a algunos hombres, y enviároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, que han entregado su vida por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto hemos enviado a Judas y Silas para referiros de viva voz las mismas directrices. En efecto, hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros otra carga que éstas que son indispensables: abstenerse de carnes inmoladas a los ídolos, de la sangre, de carnes ahogadas y del desenfreno, haciendo bien en guardaros de esto

Que tengáis salud.

Esta carta es el primer texto oficial que citan íntegramente los Hechos. Fue enviada hacia el año 50 por los apóstoles reunidos en Jerusalén a las Iglesias de Antioquía, Siria y Cilicia, para fijar las condiciones de integración de los convertidos de origen no judío. En este pasaje, Lucas atestigua su perfecto conocimiento de los documentos oficiales, tal como eran grabados en piedra y expuestos en el espacio público, «en el lugar más visible» para los más importantes de ellos. Como muchos textos legislativos de la época helenística e imperial, la decisión decretada por la autoridad suprema es comunicada bajo la forma de una carta, lo que atenúa formalmente el carácter autoritario para los destinatarios. El saludo, la dirección y el deseo final son fórmulas epistolares. Este texto de Hechos está rigurosamente compuesto con la parte de «considerandos» o «consideraciones» que motivan la decisión. La formulación de ésta, como debe ser, da cuenta del procedimiento seguido: ha sido tomada por unanimidad, señal de que la comuni-

dad cristiana funciona como cualquier comunidad cívica sobre una base democrática. Pero, inmediatamente, se cambia evidentemente de nivel, puesto que la decisión es presentada también como inspirada, igual que el autor del libro de Esdras, que introduce a Dios y una noción mesiánica en el edicto de Ciro que cita (cap. 1), y lo mismo que el autor del segundo libro de los Macabeos o incluso que Flavio Josefo, Lucas encuentra natural reescribir puntualmente los documentos de los que dispone para hacer que se capte mejor la intervención de Dios más allá de los procedimientos humanos. Así es como este reglamento alimentario se erige como texto fundacional, frecuentemente considerado en la tradición de la Iglesia como la primera decisión conciliar.

No habría que deducir de ello, sin embargo, que para Lucas se trata solamente de un procedimiento de escritura. Más adelante cita íntegramente un documento cuyo único valor es histórico, incluso de acontecimen-

tos, y no teológico o eclesiológico: es la relación del tribuno de Jerusalén, que ha arrestado a Pablo, al gobernador de la provincia, donde hace el balance de su investigación (Hch 23,25-30). Lucas la utiliza y la manipula quizá porque sirve a su proyecto de conjunto al establecer la imparcialidad de las autoridades romanas, que contrasta con las maniobras de los judíos. Pero no pudo inventar el nombre del tribuno; por tanto tuvo acceso a documentos que habían conservado, bien la familia de Pablo, citada un poco antes (Hch 23,16-21), bien grupos paulinos. Esto no debería extrañar en este ambiente de negocios que es el de Pablo y el de los cristianos de Asia, de Filipos y de Corinto, porque los archivos privados estaban ya muy desarrollados: los comerciantes transportaban con ellos documentos de identificación, contratos y piezas contables e incluso libros; las asociaciones, tan numerosas en las ciudades, con las que se puede comparar las primeras comunidades cristianas, también tenían sus archivos, lo mismo que las escuelas filosóficas. Por otra parte, es lo que explica la conservación de las cartas de Pablo, de Pedro y de Juan.

La utilización implícita de documentos de archivos resulta también de la precisión de las indicaciones eponímicas empleadas por Lucas para datar un acontecimiento, tanto en su evangelio (Lc 3,1-2) como en los Hechos (Hch 18,12). Evidentemente se hacían según el año de reinado del soberano, pero también localmente, por el nombre del sacerdote o del magistrado al cargo para el año, el *epónimo*, el que «daba su nombre al año». Esta fórmula de datación, que figuraba al principio de los documentos oficiales y que permitía clasificar los archivos, es de una gran importancia histórica: son los epónimos y los sincronismos empleados en el tercer evangelio los que permiten datar el comienzo de la predicación de Juan Bautista en el año 28. En cuanto a Ga-

lión, cuyo proconsulado fija la fecha de la estancia de Pablo en Corinto, una inscripción de Delfos permite ahora situarlo en el 51-52 o 52-53. Es la base de toda la cronología paulina. La utilización del calendario oficial distingue claramente el modo de escritura de Lucas, mucho más histórico que el de los otros tres evangelistas. Sin embargo, Lucas utiliza también hechos diversos como acontecimientos-indicación, lo cual remite a otro tipo de escritura histórica e invita a considerar el trabajo de memoria tal como se puede restituir en la Antigüedad y para el siglo I d. C.

El trabajo de memoria

Más aún que la obra de los grandes historiadores griegos y romanos, son formas menos elaboradas del género histórico –historias locales conocidas por inscripciones, biografías, antologías– las que informan sobre el trabajo de la memoria colectiva en las comunidades antiguas y pueden iluminar el modo de escribir la historia en el Nuevo Testamento. ¿Qué es lo que se memorizaba? ¿Qué es lo que se consideraba como memorable?

La memoria de los nombres. En todas las culturas, la memoria antigua funciona esencialmente con listas de nombres. Incluso hoy se piensa que el primer «mapa geográfico», citado pero no descrito por Heródoto a comienzos del siglo V a. C., no era un dibujo ni una representación figurada del espacio, sino quizá simplemente una lista de nombres, de topónimos, que enumeraba por el orden del recorrido los principales obstáculos naturales que podían servir de indicaciones.

La genealogía de Jesús, que da comienzo al primer evangelio y al tercero (Mt 1,1-17; Lc 3,23-28), se inscribe en una tradición que se remonta a los orígenes de la historia, tanto en el Egipto faraónico como en el mundo semítico. Muy frecuentemente, las genealogías sirven en primer lugar para dominar el tiempo, correspondiendo cada nombre a la duración de una generación (42 en Mt; 77 en Lc), sin apenas ofrecer contenido histórico. No deberíamos extrañarnos de que las dos genealogías de Jesús difieran y dependan, como las demás, de elecciones arbitrarias y artificiales, incluso aunque coincidan en los nombres de los patriarcas, de David y de Zorobabel al regreso del exilio. Sin embargo, las genealogías también pueden servir de soporte mnemotécnico para las hazañas vinculadas a cada nombre y embellecidas de generación en generación hasta el punto de convertirse en míticas. En el mundo grecorromano es la característica de la memoria aristocrática mantenida en las grandes familias. En el siglo VIII a. C., los poemas homéricos se escribieron para desarrollar como figuras heroicas, mediante el relato de sus hazañas, nombres que quizá eran una herencia de la época micénica. Y en las familias patricias de Roma, la serie de

antepasados estaba ilustrada y materializada por la colección de las *imágenes*, esas máscaras funerarias de cera que se hacían desfilar durante las exequias familiares.

La memoria cristiana también utilizó las listas de nombres de apóstoles proporcionadas por los evangelios sinópticos (Mt 10,2-4; Mc 3,16-19; Lc 6,14-16) y los Hechos (1,13). Cada texto ofrece una lista de los Doce, pero no exactamente la misma. Divergen en el orden de los nombres, aunque todas establecen la primacía de Pedro. Divergen incluso en el nombre del undécimo apóstol, Lebeo en Mt, Tadeo en Mc, Judas hijo de Santiago en Lc. La mayor parte de estos nombres se perdieron en el olvido, a falta de ser asociados a comunidades que habían conservado huellas escritas de su fundación. Pero, a partir del siglo IV, esta enumeración de nombres, completada por datos de las cartas paulinas y los Hechos, produjo un género literario específico, las *Listas de apóstoles* y *de discípulos*, donde cada nombre está asociado a una breve noticia biográfica que siempre proporciona las mismas informaciones: nombre, sobrenombre y origen, región de misión, martirio y sepultura.

9 Lista de apóstoles y de discípulos (Anónimo II)

Pedro de Betsaida fue en primer lugar obispo en Antioquía y después en Roma. Allí es donde murió bajo Nerón, crucificado cabeza abajo.

Pablo de Tarso, en Cilicia, permaneció en Jerusalén, donde fue instruido por Gamaliel. Predicó desde Jerusalén hasta Iliria. Murió igualmente en Roma.

Andrés, hermano de Simón Pedro, predicó en Grecia. Murió en Patras bajo Aigeas.

Juan el evangelista y Santiago, su hermano, hijos de Zebedeo. Santiago murió por la espada bajo Herodes. Juan murió en Éfeso sesenta y ocho años después de la ascensión del Señor [...].

En la época de redacción de los evangelios, la personalidad de la mayor parte de los Doce ya era muy imprecisa, incluso aunque las listas introduzcan algunas particularidades individuales: no sabemos cómo era comprendido *Simón el Cananeo* (¿como una indicación de origen o como una referencia a una pertenencia zelota?) o incluso *Judas Iscariote* (¿como el «hombre de Keriot» o como «el que lo entregó»?). La memoria colectiva se dedicaba a encontrar una figura más que un personaje y frecuentemente jugaba con el poder sugestivo del nombre, que siempre es particularmente significativo en las culturas semíticas. No sólo el que otorga el nombre –el padre, aquí Jesús– tiene poder sobre el que lo recibe, sino que la eficacia que se reconoce al nombre fija el destino de aquel que lo lleva. Así, el sobrenombre de *Tomás Didimo*, es decir, «mellizo» en griego, no es introducido más que por el

cuarto evangelio. Pero en algunas corrientes cristianas llamadas *gnósticas*, que reivindicaban el *Evangelio de Tomás*, se desarrolló la idea de que este apóstol funcionaba como un «doble» de Cristo y proseguía por esa razón la revelación. Ciertamente, sabemos la importancia dada por los cuatro evangelios al cambio de nombre de Simón, convertido en *Cefas* en arameo y *Pedro* en latín o griego.

También los antiguos utilizaban frecuentemente las relaciones onomásticas o la etimología de un nombre que quedaba en las memorias para reconstruir un destino a partir de una función y llenar así los vacíos de la historia. Deducir de las filiaciones una historia a partir de etimologías fantasiosas es característico de las leyendas de fundación en el mundo grecorromano en el paso del siglo I al II.

10 PLUTARCO, *Vida de Rómulo* 2, 1-4

Este gran nombre de Roma, cuya gloria ha dado la vuelta al mundo, ¿de dónde viene y por qué razón se dio a la ciudad que lo lleva? ¡...! Algunos dicen que la ciudad debe su nombre a Rome, hija de Ítalo y de Leucaria. [...] Otros pretenden que la ciudad tuvo como fundador a Romano, hijo de Ulises y de Circe, o bien Romus, enviado de Troya por Diomedes, o Romis, rey de los latinos. [...] También están aquellos que sostienen la opinión más plausible, a saber, que fue Rómulo el que dio su nombre a la ciudad, incluso entre aquellos que no están de acuerdo entre sí sobre el origen de este héroe. Los unos pretenden que fue hijo de Eneas y que fue llevado desde muy pequeño a Italia junto con su hermano Remo. Otros dicen que Rome, hija de una troyana, se casó con Latino, hijo de Telémaco, de la que tuvo a Rómulo. Otros, por último, refieren sobre su origen un cuento absolutamente fabuloso: según ellos, Tarquecio, rey de los albanos, el más malvado y el más cruel de los hombres, tuvo en su morada la visión sobrenatural de un falo que permaneció allí varios días; vino de Etruria un oráculo que ordenó al rey que apareara a una joven con ese falo, anunciando que de ella nacería un hijo muy ilustre que se significaría por su valor, su oportunidad y su fuerza*.

* en griego, *romé*

Por tanto, el trabajo sobre los nombres permite establecer y enriquecer la relación entre un héroe fundador y la comunidad que perpetúa su recuerdo. En el caso de las comunidades cristianas, las homonimias, inevitables, facilitaron su vinculación a las grandes figuras apostólicas y a los nombres de la lista de los Doce. A comienzos del siglo II, con el nombre de Juan, la figura del discípulo amado absorbe el recuerdo del evangelista, el del autor del Apocalipsis y el del anciano del que se conservaban tres cartas: así se identificó lo que los exegetas llaman hoy la

Escuela joánica. La homonimia es particularmente frecuente en la historia bíblica, ya que el repertorio de nombres es más limitado allí que en el mundo griego. Se trató de remediarlo con la adición del patronímico («Santiago hijo de Alfeo» y «Santiago hijo de Zebedeo») o mediante la utilización de sobrenombres, como el de «Cananeo», para distinguir a los diferentes Simones. Pero la homonimia facilitaba también la reactualización y la reapropiación de una figura del pasado en un nuevo ambiente o en función de las necesidades del momento.

II Evangelio de Mateo 24,34-35

He aquí que envío hacia vosotros profetas, sabios y escribas. Los mataréis y los colgaréis en una cruz. Los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros la sangre de los justos derramada sobre toda la tierra, desde la sangre de Abel el Justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al que asesinasteis entre el templo y el altar.

El redactor del evangelio ciertamente tiene en mente el asesinato de un sacerdote, hijo de Yehoyadá, un episodio bien conocido de 2 Cr 24,20-22.

Se observa un deslizamiento hacia una figura única con el nombre de Zacarías. En el relato del primer evangelio, Jesús maldice a los fariseos anunciando la prueba futura de las persecuciones. El autor atestigua aquí la asimilación que se llevó a cabo a finales del siglo II, tanto en las comunidades cristianas de Judea como entre los fariseos, entre el profeta Zacarías, hijo de Baraquías, del que no se había conservado ningún recuerdo de su vida o de su muerte, y un sacerdote llamado Zacarías, hijo de Yehoyadá, cuya ejecución en el santuario por iniciativa del rey cuenta el libro de las Crónicas. En la memoria colectiva, este último cierra

la serie de mártires bíblicos cuyo prototipo es Abel. La homonimia permite dilatar esta figura de mártir añadiéndole el carisma de los profetas. Muy poco tiempo después, otra tradición cristiana, jugando siempre con la homonimia, asimila a este mártir con el padre de Juan Bautista para hacer de él una figura específicamente cristiana.

Un primer testimonio de esta reactualización aparece quizá en la carta de los mártires de Lyon del 177. Después, a finales del siglo II, un evangelio apócrifo de la infancia muestra cómo un relato de martirio, destinado a justificar la asimilación de los personajes, se injerta en el episodio de la matanza de los inocentes referida en el primer evangelio. El rey Herodes está buscando a Juan y hace interrogar a su padre.

12 Protoevangelio de Santiago 23,3–24,2

* *martyr*

Zacarías respondió: «Yo soy un testigo* de Dios. Toma mi sangre, pero mi vida, el Señor la recibirá, porque tú derramas una sangre inocente en el vestíbulo del templo del Señor». Hacia el alba fue ejecutado a espaldas de los hijos de Israel. [...] Cuando los otros sacerdotes constataron su ausencia, uno de ellos entró en el santuario. Vio cerca del altar sangre coagulada y escuchó una voz que decía: «Zacarías ha sido asesinado y su sangre no se limpiará hasta que llegue el vengador».

Así pues, los nombres memorables no son tanto indicaciones precisas cuanto la base de reinterpretaciones, que enriquecen sin cesar las figuras ejemplares. En torno al nombre de Zacarías, la construcción de una figura de profeta mártir para tiempos de persecución, inaugurada en el primer evangelio, parece que se fundamenta en un «dicho memorable», el testimonio y la llamada a la venganza divina del hijo de Yehoyadâ, que había conservado el libro de las Crónicas y que la sensibilidad cristiana posterior materializó, a partir del siglo IV, en su búsqueda de huellas indelebles de sangre en las piedras del templo.

Hazañas y hechos diversos. Los nombres memorables proporcionaban, pues, una estimulante mnemotécnica, remitiendo a hechos, virtudes, incluso a una palabra bíblica. Nombres y figuras memorables son particularmente importantes en la educación judía desde el siglo II a. C. La Sabiduría del Sirácida integra una galería de gran-

des antepasados sobre el modelo de las colecciones de figuras ilustres que circulaban en el mundo griego desde el siglo IV a. C.: catálogos de mujeres valerosas, catálogos de estrategias o de acciones memorables, colecciones de dichos, como ya hemos señalado... Desde la época de los poemas homéricos, en los orígenes del helenismo, el recuerdo de los grandes antepasados se alimentó de la memorización de sus hazañas en relatos constituidos por poetas y durante celebraciones periódicas ante sus tumbas. Los cultos heroicos, que son una especificidad del mundo grecorromano, fabrican «héroes» que aseguran la inmortalidad de personalidades míticas o históricas en la memoria colectiva mediante la conmemoración y la reactualización continua de sus hazañas. A lo largo de los siglos, los relatos desarrollados dieron lugar a prontuarios que reunían noticias sucintas, conforme a un método que la historiografía judía recogió en la época helenística, como lo atestigua el testamento de Matatías.

13 I Macabeos 2,51-61

* *erga*

Acordaos de las acciones* llevadas a cabo por vuestros padres en su tiempo y ganaréis una gran gloria y una fama eterna.

¿No fue Abrahán fiel en la prueba y eso no le fue contado como justicia? En el momento de su angustia, José observó la Ley y se convirtió en señor de Egipto. [...]

* Dios

Ananías, Azarías y Misael, por su fe en Dios, escaparon de las llamas. Daniel, por su rectitud, fue salvado de las fauces de los leones. Entended que, de generación en generación, todos los que esperan en él* no sucumbirán.

A finales del siglo I d. C., la educación en el seno de las familias judías y cristianas descansaba en las historias de los héroes, desde los más antiguos hasta los del tiempo presente. La carta a los Hebreos pasa revista a las «figuras de fe» del Antiguo Testamento: Abel, Henoc, Noé, Abrahán, Sara, Jacob, Moisés, pasando después por los jueces, los reyes y los profetas mártires (Heb 11,4-39). El primer evangelio parece hacer alusión a un catálogo de mártires bíblicos, que van desde Abel a Zacarías (Mt 24,35); por otra parte, el cuarto libro de los Macabeos (18,11-13), que emana sin duda de la comunidad judía de Antioquia, recuerda que en ese tiempo los padres de familia leían a sus hijos la historia de «Abel, asesinado por Caín», la del «sacrificio de Isaac», las de José y Pinjás, la de los «tres jóvenes en el horno» y la de Daniel (hay que observar que los héroes que se presentan son los mismos que los del primer libro de los Macabeos, dos siglos anterior). Por último, en la primera comunidad cristiana de Roma, Clemente utiliza en su argumentación varias series de figuras bíblicas, figuras de envidiosos y criminales (*Carta a los Corintios* 4,1-13), figuras perfectas de servidores de Dios (9,2 a 12,8), figuras ejemplares de testigos de Dios (17,1 a 19,1), figuras de «mujeres viriles», de las que forman parte Judit y Ester (55,2-6). Estas últimas eran coleccionadas por los griegos desde el siglo IV a. C.

Igual que la memoria judía, la memoria cristiana se alimentaba de estas series de grandes figuras, de su memorable nombre y de la hazaña que se le vinculaba. De

ello resultaba necesariamente una concepción de la historia segmentada, compuesta de episodios independientes, organizados en torno a una figura y un acontecimiento memorables. Los Hechos llevan las huellas de este funcionamiento de la memoria y de la transmisión de la cultura, puesto que están compuestos por secuencias personalizadas, centradas sucesivamente en Esteban, Pedro, Felipe y, ciertamente, Pablo.

Pero, dentro de una comunidad antigua, la percepción y la periodización del tiempo utilizaban también como indicaciones acontecimientos próximos. El compartir el tiempo vivido forma parte del modo de participación que define la identidad cívica. Así se conserva la memoria de hechos diversos que trastocaron lo suficiente la vida local como para servir de indicación y de referente.

El tercer evangelio los integra en la predicación de Jesús: cuando se le refiere el «asunto de los galileos, cuya sangre Pilato había mezclado con la de sus sacrificios», menciona también en su respuesta a las «dieciocho personas sobre las que cayó la torre de Siloé, y que las mató» (Lc 13,1-4). Mediante la mención de esta catástrofe y de esta matanza colectiva en el templo, se debería poder datar este episodio de la predicación de Jesús, casi el mes y el año. Por desgracia, no llamaron la atención de otros cronistas, ni siquiera de Flavio Josefo, y esos acontecimientos de Jerusalén no han podido servir de indicación ni tener sentido para los lectores griegos y romanos. Por tanto ellos son la marca del arrai-

go del tercer evangelio en testimonios directos y en tradiciones locales.

La indicación cronológica del hecho diverso es constante en toda la historiografía antigua. Incluso los grandes historiadores, comenzando por Heródoto y Tucídides, utilizan corrientemente los fenómenos astronómicos (eclipses, cometas) o las catástrofes naturales, en particular los seísmos, para fijar en las memorias la fecha de una batalla, el nacimiento o la muerte de un hombre ilustre. En la crónica local de una ciudad como la de Paros, transcrita en piedra en el siglo III a. C., los acontecimientos astronómicos o meteorológicos que perturban el tiempo vivido acompañan el tiempo de la historia a lo largo de los siglos. Adquieren fácilmente valor de signos, como lo recuerda aún el tercer evangelio para anunciar el fin de los tiempos: «Habrá grandes terremotos y en diversos lugares pestes y hambrunas, hechos terroríficos procedentes del cielo y grandes señales» (Lc 21,11). En varias ocasiones, en el primer evangelio y en los Hechos, el temblor de tierra se emplea como una indicación que tiene valor de signo, ya se trate de la entrada de Jesús en Jerusalén, de su muerte y su resurrección (Mt 21,10; 27,51-54; 28,2), del «pequeño Pentecostés en Jerusalén» o del encarcelamiento de Pablo en Filipos (Hch 4,31; 16,26). El nacimiento de Jesús en el primer evangelio (Mt 2,2.9-10), igual que la muerte de Nerón en los relatos de los historiadores romanos, está marcado por un fenómeno astronómico de alcance universal.

Los dramas humanos, de alcance más restringido, dependen más bien de la historia local. De igual manera que las víctimas de la torre de Siloé habían quedado presentes en la memoria de las gentes de Jerusalén, así también la historia local de la aglomeración y del santuario de Lindos, en la isla de Rodas, conservaba como indi-

cación cronológica el suicidio de un filósofo, que se colgó de las murallas del templo. Para datar la primera predicación apostólica en Jerusalén, los Hechos se vinculan a muertes espectaculares: la súbita muerte de Herodes Antipas, la ejecución de los hijos de Judas o de los partidarios de Teudas, la insurrección del Egipto (Hch 5,36-37; 12,20-23; 21,38). Entre estos acontecimientos locales utilizados como indicaciones en el tercer evangelio, podemos contar también el censo de Quirino (Lc 2,1-2), que sólo tuvo lugar en Judea en el 6 d. C., en el momento de la constitución de la provincia, a pesar de que el autor lo sobredimensiona a escala del «mundo entero» para datar sincrónicamente el nacimiento del Salvador del mundo mediante una innovación de alcance universal. Si no, los acontecimientos históricos que integran de la mejor forma el tiempo vivido de una comunidad local son, en la época helenística y romana, las gozosas entradas de los soberanos, que sirven por todas partes de indicación. Para fijar el recuerdo de la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén, el primer evangelio combina las dos formas de acontecimiento memorable más familiares para sus contemporáneos: una entrada regia según el protocolo bíblico y un seísmo, puesto que «toda la ciudad fue sacudida cuando Jesús entró en Jerusalén» (Mt 21,10). Estamos en el tiempo vivido.

Lugares de memoria. En las inmediaciones de nuestra era, la memoria del pasado utiliza no sólo el apoyo de textos y tradiciones, sino también el soporte material de los monumentos y obras de arte. Podemos decir que la práctica del «recorrido arqueológico» se remonta a las *Historias* de Heródoto, cuando el historiador nos pasea por el santuario de Delfos y vuelve a trazar su historia a través de las inscripciones de los monumentos votivos, desarrolladas por los comentarios de los sacerdotes del

lugar. Así se procedía en todos los santuarios del mundo grecorromano, erigidos en lugares de memoria: por ejemplo, el santuario oracular de Amfiaraos, en Oropo, en los límites de la Ática, era visitado cada año por los jóvenes en el marco de la efebía; la exégesis de los mitos les hacía entrar en la historia local. Los objetos más antiguos depositados en un santuario ilustre permitían re-

montarse a tiempos inmemoriales, como lo atestigua la crónica del santuario de Lindos, en la isla de Rodas, donde se mostraban ofrendas atribuidas a los héroes Heracles, Minos o Lindos en los tiempos míticos, o incluso, para la época histórica, al faraón Amasis y a Alejandro Magno. Ellas fueron la base de un trabajo historiográfico basado en la clasificación cronológica de las ofrendas.

14 Crónica de Lindos (inscripción fechada en el 99 a. C.)

Considerando que el santuario de Atena Lindia, particularmente antiguo y honrado, fue adornado desde los tiempos más antiguos con numerosas y bellas ofrendas, y dado que la mayor parte de esas ofrendas con sus inscripciones fueron destruidas por el efecto del tiempo. A la Buena Fortuna, fue decisión del consejo y de los lindios escoger a dos hombres que mandaron hacer una estela de mármol de Lindos, hicieron transcribir en ella este decreto e inscribir según las cartas, los archivos públicos y cualquier otro testimonio apropiado, lo que concierne a las ofrendas y los relatos de apariciones de la diosa. [...]

He aquí quién hace ofrenda a Atena. [...]

El rey Alejandro, bucranios* sobre los que está escrito «El rey Alejandro, habiendo vencido a Darío y convertido en el señor de Asia, a Atena Lindia, en razón de un oráculo, bajo el sacerdocio de Teógenes, hijo de Pistócrates»; su mención se conserva en los archivos de Lindos. También ofrece armas sobre las que está escrito*.

* cabezas de buey esculpidas.

* la continuación del texto se ha perdido.

Un género literario apareció en el siglo II a. C., la *periégesis*, que proponía al lector remontar el tiempo desplazándose en un espacio determinado y movilizándolo su cultura histórica para cada monumento encontrado. La *Periégesis* (o *Descripción de Grecia*) de Pausanias, que data del siglo II d. C., se ha conservado íntegramente. Da testimonio también de la importancia de hechos diversos para marcar los relatos locales transmitidos por los sacerdotes; mediante el juego de la rememoración ante las estatuas de los reyes que bordeaban el ágora como si fuesen héroes locales,

la descripción del Ática integra espontáneamente un resumen de la historia helenística (I, 6,1 a 8,1).

Dejar ver. En la época helenística y en la imperial, lo visual adquiere cada vez más importancia. Sea cual sea el género literario (historia, novela u otro), los autores quieren dejar ver y utilizan este procedimiento de escritura característico de los griegos que se llama la *mimesis*. Los episodios del relato son puestos en escena frecuentemente como espectáculos. La influencia del teatro,

al que acude todo el mundo, incluso los judíos, es importante en este gusto por lo espectacular. La metáfora teatral es empleada muy frecuentemente por los historiadores y los geógrafos para fijar la atención del lector; éste está instalado en posición de espectador, lo cual condiciona la construcción del relato o de la descripción, por ejemplo cuando el geógrafo Estrabón quiere «hacer ver» la ciudad de Roma.

Se apela a la pintura histórica como ayuda para fijar la memoria. Ésta apareció en el siglo V a. C., a pesar de que evidentemente las obras se han perdido, a menos de haber sido reproducidas en mosaico en la época romana, como *El combate de Alejandro contra Darío*. En la *Periégesis* de Pausanias, los cuadros del Pórtico con pinturas, en Atenas, son objeto de exposiciones históricas, con referencia a los textos si el lector quiere saber más.

15 PAUSANIAS, *Periégesis (Descripción de Grecia)* I, 3,3-4

* en el 362

* en el 372

En el mismo lugar está pintada también la hazaña de los atenienses en Mantinea*, cuando fueron enviados para ayudar a los espartanos. La historia exhaustiva de esta guerra ha sido hecha, entre otros, por Jenofonte, con la conquista de Cadmea, el desastre de los espartanos en Leuctra*, la invasión del Peloponeso por los beocios, el contingente que vino de Atenas al recate de los beocios. El cuadro representa un combate de caballería en el que los personajes más famosos son Grylos, el hijo de Jenofonte, por parte de los atenienses, y para la caballería beocia, Epaminondas de Tebas. El cuadro está firmado por Eufranor.

Religión y cultura sin imágenes, el judaísmo no disponía de estatuas ni de cuadros para fijar la memoria colectiva. Por eso se dedicó a los paisajes. Precursores de una abundante literatura cristiana (cf. Lc 18,28-29), el autor de la Sabiduría (Sab 10,7) y Filón de Alejandría evocaron

el paisaje volcánico de fumarolas y ceniza, al sur del mar Muerto, con sus atormentadas formaciones calcáreas, en las que reconocieron a la mujer de Lot, transformada en estatua de sal (cf. Gn 19,27-28). Filón completa el relato bíblico con el testimonio ocular.

16 FILÓN, *Abrahán* 138-141

Dios ordena al aire que se cubra súbitamente de nubes y que haga caer una abundante lluvia no de agua, sino de fuego. [...] Cuando la llama hubo consumido todo lo que era visible y por encima del nivel de la tierra, entonces quemó también la propia tierra. Penetrando en lo más profundo de ella, redujo su fuerza vivifica-

* *horomēna*
* *mneḿeion*

dora interna a una completa esterilidad, para que a partir de ese momento fuese absolutamente imposible dar frutos y verdear.

E incluso hoy quema. El fuego del rayo no se extingue: o bien se extiende, o bien queda latente. La garantía más fiable y más evidente son las cosas vistas*. En efecto, el memorial* de la desgracia pasada es ese vapor, que no deja de brotar, y ese azufre que se extrae en las minas. Como ejemplo muy evidente de la antigua prosperidad del país sólo subsiste una ciudad, única en los territorios aledaños, con sus tierras alrededor, una ciudad muy poblada y unas tierras ricas en hierba, en espigas y en cosechas de toda clase, para ser la prueba del juicio dado por la justicia divina.

Las «cosas vistas» reactualizaban en el tiempo vivido el relato del Génesis: «Acordaos de la mujer de Lot», escribe el evangelista al final de su descripción (Lc 17,32); para el autor de la Sabiduría, este paisaje de ruinas constituye el testimonio ocular por excelencia que «deja a la posteridad un recuerdo de la locura de los hombres» (Sab 10,7).

Memoria de los lugares y peregrinaciones. A finales del siglo I a. C., la identificación de lugares de memoria se intensificó, sin duda en relación con la aparición de prácticas de peregrinación, que comienzan en Jerusalén en el siglo I d. C. junto a las tumbas de los profetas.

17 *Vidas de los profetas*

* el rey impio, cf. 2 Re 2,21

* cf. 2 Re 20,20

* en el templo, cf. 2 Cr 24,20-22

Isaías, originario de Jerusalén, murió serrado en dos por Manasés*. Después fue depositado bajo la encina de Roguel, no lejos del pasaje de las aguas que Ezequías* había camuflado recubriéndolas con una bóveda [...]. En recuerdo, el pueblo lo sepultó cerca de la fuente de Siloé, con solicitud y de forma gloriosa, para conservar el gozo del agua gracias a su oración, incluso después de su muerte. [...] La tumba se encuentra no lejos de la tumba de los reyes y detrás de la tumba de los sacerdotes en dirección sur. [...]

Zacarías de Jerusalén, hijo de Yodae, el sacerdote, fue asesinado cerca del altar* por Joás, rey de Judá. La casa de David derramó su sangre en medio del vestíbulo. Los sacerdotes lo tomaron y lo sepultaron junto a su padre.

Estas noticias forman parte de un pequeño opúsculo anónimo, judío o judeocristiano, compuesto en Judea, que erige cada gran figura de profeta bíblico en mártir. Los datos biográficos quedan reducidos al nombre, el ori-

gen y el modo de ejecución, pero cada noticia inserta un desarrollo sobre el o los lugares de sepultura, a fin de que se pueda(n) visitar fácilmente. Muy recientemente se ha encontrado en una de las tumbas monumentales del va-

lle del Cedrón una inscripción de un peregrino del siglo IV o V, que la identificaba como la sepultura del sacerdote mártir Zacarías, señal de que esta literatura estaba muy ligada a la práctica de las peregrinaciones a la tumba de los profetas. El tercer evangelio atribuye su iniciativa a los fariseos, en una de las diatribas de Jesús: «Ay de los que construís las tumbas de los profetas, cuando fueron vuestros padres los que les dieron muerte» (Lc 11,47).

La tradición de las peregrinaciones a las tumbas de los profetas explica quizá el cuidado absolutamente particular con el que los evangelios se esfuerzan por preservar el recuerdo de los lugares de la pasión y de la tumba de Jesús. Todos mencionan el terreno de Getsemaní, en el monte de los Olivos, el palacio del sumo sacerdote, el pretorio o sede del gobernador romano. Todos han preservado el topónimo del lugar de la crucifixión, con su sentido etimológico, que sugiere un cabezo rocoso: un «lugar llamado Gólgota, que significa "lugar de la Calavera"» (Mt 27,32; Mc 15,22); «un lugar llamado la Calavera» (Lc 23,33); un «lugar llamado la Calavera, en hebreo Gólgota» (Jn 19,17). Todos han preservado también el nombre de José de Arimatea. Pero es el evangelio de Juan, el más tardío, el que ofrece más precisiones topográficas. El lugar del arresto, Getsemaní, es descrito esta vez como un huerto más allá del torrente Cedrón (Jn 18,1). Se precisa que el palacio del sumo sacerdote al que fue conducido Jesús es el de Anás, que había abandonado el cargo. El cuarto evangelio sitúa la presentación de Jesús a la muchedumbre por parte de Pilato en el exterior del pretorio, «en la plaza que se llama Litóstrotos ["Plaza empedrada"], en hebreo Gábbata» (Jn 19,13); por último, describe también «el lugar llamado la Calavera» como un terreno parcialmente dispuesto como huerto (Jn 19,41; cf. 20,15). Estas indicaciones topográficas habían sido fielmente conservadas en la memoria de las comunidades más di-

versas: la localización del Gólgota, justo en el exterior de una puerta de la ciudad, aparece en una frase de la carta a los Hebreos (13,13), compuesta en la diáspora hacia el 90, quizá por Apolo de Alejandría, que pasó por Éfeso y Corinto. La memoria cristiana debió de ser mantenida hasta la guerra del 66, al menos, por las celebraciones de la comunidad cristiana de Jerusalén en la tumba en cuestión. Por tanto permaneció lo bastante precisa como para que los arquitectos del emperador Constantino y de su madre Elena pudieran encontrar en el 326 el lugar del Gólgota y del Santo Sepulcro, a pesar de las destrucciones, el remodelado de la ciudad y el relleno del sitio por el emperador Adriano en el 135. En efecto, las excavaciones emprendidas a partir de 1960 bajo la basílica han revelado un cabezo rocoso, que había servido de cantera y que había sido acondicionado como huerto; se encontraba justamente fuera de las murallas anteriores al nuevo trazado del recinto llevado a cabo por Herodes Agripa en los años 40; algunas tumbas se tallaron en las paredes verticales, que datan del siglo I d. C. Por el contrario, no se ha localizado la «Plaza empedrada» y, por tanto, el pretorio romano, puesto que el Ecce Homo que se veneraba –un arco rodeado por un adoquinado de baldosas bien talladas– forma parte de los acondicionamientos del foro de Adriano, posteriores en un siglo a la pasión de Jesús.

Ciertamente, el itinerario de la Vía Dolorosa, que comienza cerca del arco del Ecce Homo, fue trazada por la fe de los cruzados, en función de la puerta por la que habían entrado y los vestigios que encontraron, pero el recuerdo del lugar del Gólgota había quedado vivo en la memoria colectiva hasta el siglo IV, lo que atestigua suficientemente la fuerza de las tradiciones orales en la construcción de la memoria antigua y de su importancia en la puesta por escrito de los evangelios.

Testigo ocular o figura simbólica: el «joven desnudo con una sábana»

En el segundo evangelio, el relato de la pasión parece hacer expresamente referencia a un testimonio ocular: «Todos abandonaron a Jesús y se dieron a la fuga. Un joven le seguía, no llevando más que una sábana sobre el cuerpo. Le detuvieron. Pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo» (Mc 14,50-52). Este pintoresco episodio no se justifica en términos de intertextualidad bíblica y no tiene significado teológico. Por tanto se interpreta como una referencia ocular e incluso quizá autobiográfica, lo que identificaría al redactor del evangelio con un joven y haría de él directamente un discípulo de Jesús. Sin embargo, a comienzos del siglo II, la tradición de los antiguos afirmaba que Marcos no había ni escuchado ni seguido a Jesús, sino que solamente había acompañado a Pedro.

Una versión larga del segundo evangelio, descubierta en 1958 en un manuscrito que cita una carta de Clemente de Alejandría, y conocido con el título de *Evangelio secreto de Marcos*, sugiere una interpretación simbólica. La figura del «joven envuelto en una sábana» aparece ya en uno de los episodios suplementarios integrados en el capítulo 10 del evangelio canónico (*Ev. secreto Mc 2,23-3.13*). Se trata de la resurrección de un joven en Betania ante la oración de su hermana. Ciertamente, todo depende del episodio de la resurrección de Lázaro en Jn 11. Pero varios elementos, que dependen del testimonio ocular, son diferentes y muestran que los dos relatos están constituidos independientemente el uno del otro, aunque ambos tengan una fuente común: el muerto no tiene más que una sola hermana; Jesús monta en cólera, pero no llora; una fuerte voz se deja oír en el interior de la tumba; Jesús rueda él mismo la piedra que cierra el sepulcro, en lugar de mandar hacerlo a los testigos; entra en la tumba para levantar a Lázaro, en lugar de hacerle salir. Así, las tradiciones orales permanecieron durante mucho tiempo presentes, cosa que confirma Papias de Hierápolis a comienzos del siglo II: él, que aún había estado en contacto directo con testigos de la generación apostólica, Juan el Anciano y las hijas de Felipe, utiliza en sus escritos parábolas y enseñanzas de Cristo,

particulares y divergentes, que habrían llegado hasta él mediante «una tradición no escrita» (*Historia eclesiastica III, 39,11-15*).

La figura de este joven resucitado se recompone a partir de varias observaciones tomadas de la historia bien conocida del «joven rico», incluida en este mismo capítulo 10 y en el conjunto de los sinópticos. Pero estas observaciones visuales, fáciles de memorizar, funcionan mediante un juego de espejos como imágenes invertidas. Es el joven resucitado el que ama a Jesús a primera vista, lo mismo que Jesús había amado al joven rico. Su riqueza ya no es un obstáculo para su conversión. Y es cuando se vincula definitivamente a Jesús y cuando recibe su enseñanza, cuando se convierte en esa silueta característica del «joven desnudo envuelto en una sábana». Tal como circulaba por Alejandría en la época de Clemente, a mediados del siglo II, este relato remite indiscutiblemente a la simbología bautismal. En efecto, la catequesis de Jesús, que dura una noche, como la vigilia del bautismo, tiene lugar el «sexto día»: ahora bien, en Egipto, el bautismo era administrado al sexto día de la sexta semana de un ayuno preparatorio; asimismo, la vestimenta del joven corresponde al lienzo depositado por el catecúmeno en el momento en que baja desnudo a la pila bautismal.

El trabajo de memoria sobre una imagen a la vez pintoresca y susceptible de interpretación simbólica es característico de la Antigüedad. Esto depende de la plasmación pictórica de la historia. La gente de la Antigüedad tuvo conciencia de que la memorización del pasado se apoyaba en imágenes fuertes tanto como en nombres memorables y relatos míticos. La gran pintura histórica existió muy pronto. De igual modo que se hacía visitar a los jóvenes los lugares de memoria, en Kíos se les distribuían, en la época romana, escudos que ilustraban la historia de Rómulo y Remo. El recurso a la imagen parece haber sido sobre todo el hecho de sociedades que no habían producido historiadores, como lo muestra, para los persas, Cares de Mitilene, historiador de la corte de Alejandro.

Modos de escribir y géneros históricos

Para situar los escritos del Nuevo Testamento en la abundante literatura historizante de la época hay que examinar las memorias, las apologías, las notas tomadas diariamente y, ciertamente, los hechos. Éstos son monografías organizadas en torno a una personalidad notable; sus materiales son acontecimientos, militares aunque también sobrenaturales, como las epifanías o relatos de apariciones.

Los títulos neotestamentarios

La designación de los cuatro libros relativos a Jesús como «evangelios» no dice nada de las preocupaciones históricas de sus autores ni de sus decisiones historiográficas. El evangelio no es un género literario. La palabra quiere decir «buena nueva», en el sentido de «anuncio de un acontecimiento dichoso». En el Oriente helenizado designa incluso una forma de proclamación con carácter histórico y político, el mensaje remitido por un rey a una ciudad o un pueblo para «anunciar un acontecimiento dichoso», como un aniversario, una victoria o incluso su llegada. Es la ocasión para que la comunidad que recibe el mensaje rinda honores a la personalidad que se anuncia de esa manera. No tenemos ningún ejemplo de ello, pero podemos suponer que, a través del acontecimiento, el contenido magnificaba el heroísmo y la filantropía del protagonista y que el *euangelion* pertenecía al mismo género, mucho más resumido, que las *Res gestae*, la

celebración de las hazañas, en relación con el papel salvífico atribuido al soberano.

Incluso aunque se llegara a transcribirlo en piedra para conmemorar el acontecimiento, este tipo de mensaje pertenecía más bien a la oralidad y la proclamación: sin duda ésa es la razón por la que Ireneo habla hacia el 170, a propósito del libro de Mateo, de una «forma escrita de evangelio»; un poco antes ha precisado que el «evangelio de Dios» fue primeramente predicado por los apóstoles antes de ser «transmitido en escritos» (*Contra las herejías* III, 1,1). Otros escritos no canónicos de la época apostólica llevaban por otra parte el título de *kerigma*, «proclamación»: Clemente de Alejandría tenía en gran estima, a finales del siglo II, un *Kerigma de Pedro*, al que consideraba como auténtico, y quizá existía un *Kerigma de Pablo*.

Fue la palabra griega *euangelion* la que conservaron los traductores de la Biblia de Alejandría para verter el hebreo

besorâh, por ejemplo para el anuncio a David de la muerte del rey Saúl (2 Sam 4,10). Pero también se empleó el verbo correspondiente (*euangelein*) con un valor religioso, en el sentido de «anunciar la llegada de la salvación», en la traducción de los oráculos de Isaías por ejemplo. Alimentados por los Setenta, los autores de los «evangelios» emplearon la palabra en este sentido a lo largo de su texto; Pablo, que transmite «su evangelio» (Gal 1,6.11), habla del «evangelio de Dios» o del «evangelio de Jesucristo» (Rom 1,1; 15,19). El más antiguo de ellos, el evangelio de Marcos, hace de él incluso el título de su obra –«Comienzo del evangelio de Jesucristo» (Mc 1,1)–, significando con ello que la puesta por escrito de la vida y la predicación de Cristo recurría a un género literario nuevo, sin equivalente en la literatura de la época. Los rasgos comunes en los cuatro libros sobre Jesús conservados en el Nuevo Testamento son lo bastante vigorosos como para que la designación como «evangelio» se extendiera a todos en la época de Ireneo (finales del siglo II), cuando se constituye el canon (*Contra las herejías* III, 11,7).

Hasta entonces, para las primeras comunidades cristianas, estos cuatro libros pertenecían a la literatura de carácter histórico. Cuando trata de la liturgia de las asambleas dominicales, a mediados del siglo II, Justino precisa que en ellas se hacía la lectura de las «memorias que proceden de los apóstoles» (*I Apología* 66,3). Para Clemente de Alejandría, un poco más tarde, el libro de Marcos representa la «puesta por escrito de los hechos del Señor» (*Evangelio secreto de Marcos* 16,19); es decir, que entra en la categoría de las *Res gestae*, que es también la de los Hechos de los Apóstoles, según el nombre convencional del segundo libro de Lucas (*Praxeis* en griego); este nombre está atestiguado desde finales del siglo II en el primer catálogo oficial de libros canónicos, el Canon de Muratori: «Los Hechos de todos los apóstoles fueron escritos en un solo libro». El empleo de *praxeis* en

el sentido de «hazaña» relativa a los «bravos» o los «héroes» (*agathoi*) se remonta al poeta Teognis, en el siglo VI a. C. El título es utilizado, de forma bastante rara, a decir verdad, desde el siglo IV a. C. para historias de guerra que se concentraron a partir de los *Hechos de Alejandro* en torno a figuras individuales, con inclinación a convertirse en gestas heroicas.

Así pues, las primeras generaciones cristianas pensaban que estos libros del Nuevo Testamento pertenecían en cierta forma a la historia, no a la «gran historia», la historia universal, sintética y comprensiva, tal como la redactaban en ese periodo Diodoro, Estrabón, Tito Livio o Tácito, sino más bien a la puesta por escrito de recuerdos y hechos destinados a servir de material para la historia.

Las memorias

El género de las Memorias (*hypomnēmata*) es uno de los más extendidos en el mundo griego en la época helenística, aunque no deberíamos representárnoslas de entrada como una obra autobiográfica, forma elaborada que no alcanzarán más que progresiva y bastante raramente: conocemos las *Memorias* de Arato, que era el jefe de la confederación aquea a finales del siglo III a. C., en unos cuarenta libros; ellos inspiraron la *Vida* que le dedicó Plutarco. Lo que conocemos como los *Comentarios* de César –*commentarii* en latín, *hypomnēmata* en griego– pertenece también al género. Pero la mayor parte de las memorias antiguas funcionan como documentos para la historia más que como la síntesis de una vida. Están destinados a permitir su elaboración posterior, como lo recuerda el dictador romano Sila, en el siglo I a. C., cuando envía sus *Memorias*, en veintidós libros, a su amigo Lúculo, o incluso Cicerón al historiador Luceyo, cuando le apremia para que escriba la historia

de su consulado sobre la base de las *Memorias*, en griego y en latín, que él mismo ya había redactado. En la mentalidad de los antiguos, las memorias nunca son

más que borradores de la historia, cuyo valor literario discuten los verdaderos intelectuales. Palabras e ideas garabateadas con prisa...

31 PLUTARCO, *Vida de Arato* 3,3

Arato se aplicó quizá menos a la retórica de lo que le convenía a un político. Sin embargo era ciertamente más hábil hablando de lo que piensan algunos autores, que consideran su estilo según las *Memorias* que dejó. Se trata de una obra escrita en medio de sus luchas, a ratos perdidos y con prisa, con las primeras palabras que se le ocurrían.

Tal como lo definió Cicerón en su tratado *Sobre las leyes* (1,2), el género de las *Memorias* se oponía a la historia propiamente dicha, a la vez como género literario y como obra de retórica. En la Antigüedad se trata de relatos cortos, en situación, mediante los cuales una personalidad expone sus actividades públicas y los acontecimientos en los que ha participado. En su origen se trata de «informes de actividad», exigidos para la rendición de cuentas a la que estaban obligados los magistrados de las ciudades al final de su mandato. A finales del siglo IV a. C., el ejemplo del gran hombre de Estado que fue Licurgo es particularmente significativo. Publicó informes puntuales en muchas ocasiones, y después hizo transcribir en una estela de mármol, en el espacio público, todos los actos de su administración; finalmente, la víspera de su muerte, rindió cuentas del conjunto de su vida pública a la vez mediante una exposición oral ante el Consejo y a través de un depósito de archivos. El «informe de gestión» (*apologismós*) es

una variante del informe de actividad: Demades, contemporáneo de Licurgo, dejó uno que abarcaba los doce años de su actividad política, y Polibio sitúa en esta categoría los cuarenta libros de las *Hypomnémata* de Arato. El sistema de los honores, el evergetismo, practicado en las ciudades griegas y en Roma a partir del siglo IV a. C., intensificó aún más la producción de estos libelos: para obtener los honores a los que aspiraba, el benefactor tenía que presentar una «petición», que parece haber tenido la forma de un *curriculum vitae* detallado, exponiendo sus acciones más notables y eventualmente sus hazañas. Tenía que demostrar también que había actuado en perfecta conformidad con los valores de la ciudad y en interés de ella.

El procedimiento de rendición de cuentas, habitual en las ciudades griegas, marcó al autor de los *Hechos*, que lo empleó de forma recurrente para Pablo al regreso de cada misión.

32 Hechos de los Apóstoles 14,27; 15,4.12; 21,17-20

* a Antioquía, tras su primera misión

** Pablo y Bernabé

* Hch 14,27

A su llegada* , ellos** reunieron a la Iglesia y contaron todo lo que Dios había realizado con ellos y sobre todo cómo había abierto a los paganos las puertas de la fe* . [...]

* Pablo y Bernabé

* Hch 15,4-12

* Pablo y sus compañeros

* Hch 21,17-20

Llegados a Jerusalén, fueron* acogidos por la Iglesia, los apóstoles y los ancianos, y los pusieron al corriente de todo lo que Dios había realizado con ellos. [...] Escucharon a Bernabé y Pablo contar todos los signos y los prodigios que Dios, por su medio, había llevado a cabo entre los no judíos*. [...]

A nuestra llegada a Jerusalén, los hermanos nos* acogieron con gozo. Al día siguiente, Pablo se dirigió con nosotros a casa de Santiago, donde se encontraban también todos los ancianos. Habiéndolos saludado, les contó detalladamente todo lo que, por su ministerio, Dios había realizado entre los no judíos. Los oyentes de Pablo dieron gloria a Dios*.

La rendición de cuentas apostólica presenta, en la pluma de Lucas, grandes analogías con el procedimiento de las ciudades: en todas las ocasiones tiene lugar ante las instancias oficiales de la comunidad; consiste en una relación de hechos destacados, aunque esos informes debían de constituir una forma embrionaria de *Res gestae*,

confirmando así una relación señalada desde hace mucho tiempo entre estos dos géneros históricos. Más aún, el discurso de Pablo en Mileto, tal como está reconstruido por Lucas, está construido como una exposición ordinaria de rendición de cuentas y utiliza la terminología convencional.

33 Hechos de los Apóstoles 20,18-21

Conocéis cuál ha sido siempre mi conducta con respecto a vosotros desde el día de mi llegada a Asia. He servido al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de pruebas que me han valido las conjuras de los judíos. No he descuidado nada de lo que podía seros útil; al contrario, he predicado, os he instruido tanto en público como en privado. Mi testimonio se dirigía tanto a los judíos como a los griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús.

La justificación de toda una vida es convencional, lo mismo que la referencia al interés general. El griego, cuando cuenta así en público, siempre es llevado a representarse actuando, como lo hace aquí Pablo, más que tal como es él mismo.

Ciertamente, parece que en todos estos relatos no se trata más que de informes orales de actividad, lo que, por otra parte, también era la forma que adoptaban frecuentemente en las ciudades. Pero sabemos que las asociaciones antiguas se dotaron de archivos antes del siglo I, y sin

duda las comunidades cristianas lo hicieron igualmente, puesto que pudieron conservar las cartas de Pablo o al menos fragmentos clasificados, según parece, por carpetas. No deberíamos excluir que algunos documentos contables y jurídicos se hubieran conservado, que se tomaran algunas notas durante las homilias o los debates. Al menos es la idea que tiene Clemente de Alejandría de la redacción del segundo evangelio: Marcos habría utilizado sus propias notas y las de Pedro, que habría repartido entre dos libros (*Evangelio secreto de Marcos* 19).

El testimonio de Clemente nos sitúa todavía en una escritura documental de la historia. En la historiografía griega y romana, el género de las Memorias remite a documentos de archivos –listas, actas, cuadernos de viaje–, así como a notas, destinadas a proporcionar un cañamazo para un trabajo de síntesis.

Parece que la redacción de Memorias constituyera la primera forma de historia cristiana hasta comienzos del siglo II. Eusebio hace el elogio de Hegesipo, un judío convertido de Judea, que perteneció a la segunda generación apostólica y que escribió a mediados del siglo II *Memorias (hypomnemata)*, reunidas en cinco libros.

34 EUSEBIO, *Historia eclesiástica* IV, 8,1

En ese tiempo era famoso Hegesipo, cuyas palabras ya hemos utilizado en muchas ocasiones para conservar en depósito algunos hechos relativos a los apóstoles según su propia tradición. En cinco recopilaciones es donde refirió sus recuerdos de la auténtica tradición de la predicación apostólica. Escribió en una composición de las más simples.

Hegesipo había relatado acontecimientos y palabras de los que había sido testigo. Para el historiador de la Iglesia, su obra completa los Hechos, puesto que está vinculado a la comunidad de Jerusalén, a la familia del Señor y a la figura de Santiago. Las características de las Memorias históricas son siempre las mismas: sin pretensión literaria, con un interés centrado en los hechos y las personalidades, un género próximo a la oralidad. Cuando trata de los cristianos de Jerusalén bajo Domiciano dice referir «una tradición». Hegesipo parece haber utilizado genealogías para establecer la parentela de

Jesús. Es el único en proporcionar una noticia biográfica de Santiago, ofreciendo muchos detalles sobre su estatuto de levita y su particular condición de nazir consagrado, sobre la vestidura sacerdotal, sobre los apodosados al apóstol, sobre el debate con respecto a él entre escribas y fariseos. Identifica al que interviene y al que sorprende. Para terminar, ofrece como prueba auténtica el sepulcro de Santiago y su estela funeraria cerca del templo. Igual que en los evangelios, las palabras de unos y otros se refieren en estilo directo: se trata de hacer vivir el acontecimiento más que de analizarlo.

35 HEGESIPO, *Memorias*, libro V (en *Historia eclesiástica* II, 23,4-18)

El sucesor a la cabeza de la Iglesia, con los apóstoles, es el hermano del Señor, Santiago. Llamado por todos el Justo desde la época del Señor hasta nosotros, puesto que muchos se llamaban Santiago. [...]

Se dijeron unos a otros: «Lapidemos a Santiago el Justo». Comenzaron a lapidarlo, porque no había muerto [después] de haber sido precipitado*. Habiéndose

* del pináculo del templo

* eran reputado por su fidelidad a Dios, cf. Jr 35,2-19

vuelto, Santiago se arrodilló y rezó: «Te ruego, Señor Dios Padre, que les perdones, porque no saben lo que hacen». Mientras le arrojaban las piedras, uno de los sacerdotes de los recabitas* intervino exclamando: «¡Deteneos! ¿Qué hacéis? El justo reza por vosotros». Uno de ellos, un batanero, tomó el bastón con el que sacudía las telas y le golpeó en la cabeza al Justo.

Así es como éste dio testimonio, y lo enterraron en un lugar cerca del templo. Su estela sigue estando aún cerca del templo. Fue un auténtico testigo, tanto para los judíos como para los griegos, de que Jesús es el Cristo. Y muy poco después Vespasiano comenzó el asedio.

Es una escritura narrativa y pintoresca, muy alejada de la aridez de los informes de actividad, que ya proporcionan el embrión de una Vida (cf. pp. 89 y ss.). Sobre la base del mismo material documental, las Memorias pueden evolucionar hacia Apologías, hacia el género autobiográfico o hacia *Res gestae*, en una plasmación biográfica o autobiográfica.

La apología como género autobiográfico

Igual que las Memorias, las Apologías representan una de las expresiones literarias cristianas del siglo II –con los grandes nombres de Atenágoras y Justino– que se arraiga en un modo de escritura que apareció a finales del si-

glo IV a. C. La apología es escribir sobre uno mismo, una exposición para defenderse, siendo el contexto formalmente el de un proceso. ¿Ficticio o real? Se discute en el caso de Justino. En el siglo II, la apología cristiana tiende a convertirse en un «discurso de defensa del cristianismo», aunque su carácter autobiográfico aún está perfectamente marcado en las cartas de Pablo y los Hechos.

A algunos les gustaría que la primera autobiografía griega fuera la defensa pronunciada por Sócrates durante su proceso en el 399, reescrita más tarde por Platón. Pero es Isócrates, orador y jefe de una Escuela de retórica, el primero que plantea el objetivo y el marco de la autobiografía con ocasión de un alegato de circunstancias que le obliga, con ochenta y dos años, a hacer un juicio retrospectivo sobre su vida. Subraya la novedad de su empresa y establece los principios de la autobiografía antigua.

36 ISÓCRATES, *Sobre el cambio* 9-11

Si el discurso que se va a leer se pareciera en ocasiones a los alegatos y otras veces a las obras de importancia, sin duda no le habría puesto ningún prólogo. Pero su novedad y su originalidad exigen que explique los motivos por los cuales he tratado de escribir un discurso tan diferente a los otros. [...]

Reflexionaba sobre los medios para exponer el carácter que tengo, el tipo de vida que llevo y la educación que dispense, de establecer un cuadro de mis pensa-

mientos y de mi vida. Así esperaba hacer conocer lo que me afecta con exactitud y transmitir este discurso como un memorial mío, mucho más hermoso que las ofrendas de bronce.

El discurso no era ni sencillo ni fácil de hacer. Por el contrario, presentaba muchas dificultades. En efecto, de lo que he escrito, algunas partes pueden ser pronunciadas ante el tribunal, pero no todas convienen en un debate de esta clase. Hay fragmentos que pueden aprovechar a los jóvenes que están destinados al saber y a la instrucción, si los escuchan. Se encuentran insertos en él numerosos pasajes escritos en otro tiempo por mí.

Se ve claramente que el género literario de la apología rompe el marco del alegato judicial. El autor quiere «hacer saber la verdad por su cuenta» combinando la defensa, el elogio y la introspección. Se declara el objetivo histórico, puesto que el texto debe funcionar como un «memorial» y ofrecer a la posteridad una figura ejemplar. También ofrece un florilegio de citas, tomadas por el autor de sus propias obras y ampliamente comentadas. No se trata de presentar su existencia en su singularidad, sino de exaltar una personalidad cumplida, digna de los grandes antepasados, conforme al modelo consagrado por la ciudad y digno de elogios. Para algunos grandes personajes del mundo helenístico y romano, escribir sobre sí mismos completa la redacción de Memorias, que pertenecen más bien al inventario de archivos: Arato había escrito una obra *Sobre sí mismo* además de sus *Hypomnēmata*, Augusto una *Autobiografía* en trece libros, mucho más desarrollada que sus *Res gestae*.

El género de la apología en los Hechos. El historiador Lucas explotó el género de la apología. Los tres discursos que pone en labios del apóstol Pablo, después de su arresto y su acusación, están suficientemente contrastados como para hacer que se sienta el origen judi-

cial del género y los desarrollos autobiográficos e históricos susceptibles de llevarse a cabo. La primera apología, incluida en el relato de la comparecencia ante el gobernador Félix (Hch 24,10-21), pertenece más bien al alegato, puesto que responde a la requisitoria del abogado del templo de Jerusalén. Acusado de ser el jefe de una secta sediciosa y de haber sido sorprendido en flagrante delito de profanación del templo, Pablo objeta a las presuntas acciones subversivas la brevedad de su estancia en Jerusalén y su discreción, devolviendo la acusación de causante de disturbios contra sus adversarios; destaca la ausencia de pruebas y rechaza la acusación de haber fundado una secta mediante una profesión de fe en el «Dios de nuestros padres». Como debe ser, el autor del alegato incluye una *captatio benevolentiae*, cuando Pablo recuerda que no ha acudido a Jerusalén más que para llevar a cabo su deber de limosna.

Pero la apología pronunciada durante la comparecencia ante Festo, Agripa y Berenice es el esbozo de una auténtica autobiografía organizada en torno a su conversión (Hch 26,2-23). Para el «antes», presenta su vida de judío piadoso y de fariseo, es decir, su manera de vivir, como se hacía desde Isócrates; en un segundo momento recuerda sus actividades destacadas, en este caso la represión

de los cristianos, como se le había encargado. Entonces tiene lugar la experiencia central de la conversión, bajo la forma de un relato de aparición, que desarrolla la vocación de Pablo y la explica más que en la primera versión de los Hechos (9,3-7), donde el acontecimiento era percibido más bien desde el exterior. Esta vez, la trama de la autobiografía se aparta del esquema clásico para adoptar el del relato de milagro, la *aretalogia* (cf. p. 104), construido en torno a un cambio de situación: el perseguidor, el que perseguía la fe nueva, se convierte en su propagador. Así, la autobiografía sumaria que se esboza aquí parece bastante próxima a un género de escritos místicos que culminará en los *Discursos sagrados* de Elio Aristides a finales del siglo II (cf. p. 55).

La primera de las tres apologías, insertada por Lucas en el relato del arresto (Hch 22,1-19), acentúa esta dimensión, añadiéndole el relato de una segunda aparición en la de Damasco. Pero también es la que ofrece más detalles históricos y proporciona más nombres e indicaciones: sobre el origen de Pablo y su educación; sobre la existencia de documentos tales como las cartas recibidas de los sumos sacerdotes; sobre el papel de Ananías en Damasco.

Las apologías de Pablo. Este modo de escritura, que hace que evolucione el género judicial del alegato hacia la autobiografía, parece haber sido uno de los que el propio Pablo utilizó. La carta a los Gálatas es la que contiene más elementos autobiográficos; ahora bien, Hans Dieter Betz subrayaba, en 1978, que podía considerarse toda ella como un discurso de defensa, conforme a las reglas codificadas por Cicerón y Quintiliano. Es una apología en toda regla. Los elementos autobiográficos tienen lugar en el relato de los hechos, que deben refutar la acusación (Gál 1,13-2,14) estableciendo la autenticidad

de la vocación apostólica de Pablo: relato de su vocación (1,13-24), relato de la asamblea de Jerusalén, que confirmó su vocación (2,1-10), relato del incidente de Antioquia, donde Pedro discutió su autoridad (2,11-14).

El otro texto paulino que incluye una sección autobiográfica es la segunda carta a los Corintios. El modo de escritura «sobre sí» es, esta vez, anticonformista. Frente a los desórdenes introducidos en la comunidad por la llegada de enviados de Jerusalén, que apelan a la autoridad de los apóstoles, Pablo se pregunta si debe hacer su apología (2 Cor 12,14). Rechaza hacer un alegato para defenderse en el plano humano, haciendo referencia a sí mismo para mostrar sus méritos y su integración en la comunidad según el modelo convencional; por contra, elige hacer una autobiografía «inversa», una biografía a contrapelo *-biography of reversal*, según la feliz expresión de los exegetas norteamericanos- refiriendo no sus hazañas, sino su debilidad: «Si hay que gloriarse, de mi debilidad es de lo que me glorio» (2 Cor 11,21-12,10). En la Antigüedad se toma conciencia de la propia identidad mediante la diferenciación: así, el griego se define diferenciándose del bárbaro; el ciudadano de los no ciudadanos, y el hombre libre del esclavo. Al rechazar las convenciones del elogio, Pablo puede plantear así la diferencia cristiana. Sin embargo, este pasaje proporciona asimismo varios elementos preciosos de la historia de Pablo: las penalidades que sufrió según el derecho judío y el romano; el episodio de su huida de Damasco, sus visiones y revelaciones. Lo que conserva la apología paulina de las convenciones que pesaban habitualmente sobre el modo de escribir la historia es que la referencia del relato no es el individuo por sí mismo, sino el individuo en relación con la comunidad de la que es miembro. En esto, Pablo pertenece siempre al mundo de la ciudad.

Las notas diarias

Una manera de registrar materiales para la historia –la suya propia y la de su tiempo– es evidentemente tomar notas al hilo de los acontecimientos. Cuando éstos se salen de lo ordinario. Dos circunstancias se prestaban a ello en la Antigüedad: el viaje y las curas médicas aguardando una intervención sobrenatural.

Notas de viaje y relatos de enfermedad aparecieron ambos en el siglo IV a. C., y estos géneros conocieron un gran desarrollo en la época helenística y bajo el Imperio.

El diario íntimo. A mediados del siglo II d. C., Elio Aristides, brillante conferenciante mundano, aunque notorio hipocondríaco, se consagra al Asclepios de Pergamo, que le había curado. Comienza entonces la redacción de sus *Discursos sagrados*, destinados a celebrar el poder del dios Asclepios refiriendo las diversas manifestaciones de su poder, sus apariciones, sus milagros y su solicitud por su fiel. El autor utiliza el material de varios diarios íntimos: «registros de sueños» escritos en el día a día, sobre los cuales redactaba sus visiones oníricas de la noche a instancias del dios; un *Diario de cuarenta días*, compuesto en enero-febrero del 166, que mezcla sueños y tratamiento médico.

37 ELIO ARÍSTIDES, *Discursos sagrados* 2,8

Si alguien quiere conocer con toda exactitud lo que he recibido del dios, que busque mis manuscritos y los propios sueños. En realidad, allí encontrará tratamientos de todas clases, diálogos, discursos seguidos, una gran variedad de visiones, toda clase de predicciones y oráculos sobre asuntos de todo tipo. Unos están redactados en prosa, otros en verso. Todo esto merece más acciones de gracias al dios de lo que se podría imaginar.

Estas notas manuscritas alcanzaron «al menos 300.000 líneas» (*Discursos sagrados* 2,3). Estaban amontonadas sin orden, y muchas de ellas se perdieron. Más generalmente, no tenemos idea de la frecuencia con la que pudieron escribirse estos diarios íntimos, a menos que hayan sido empleados en una obra literaria como los *Discursos sagrados* –que hoy sigue siendo única– o transcritos sumariamente en piedra a título de exvoto, «por orden del dios». Las inscripciones permiten establecer que este modo de registro de hechos íntimos se remonta al siglo IV a. C. para las más antiguas estelas de «milagros» de Epidauro. En este santuario sanador, el más antiguo de todos, la comparación

de dos series de inscripciones permite entender mejor el surgimiento de la mirada autobiográfica. Los sacerdotes registran cada caso en una lista de breves noticias (*iama-ta*), indicando el nombre de la persona, la naturaleza de la enfermedad, el modo de intervención divina y a veces, cada vez más frecuentemente, el tratamiento prescrito y seguido. Pero los testimonios individuales ponen en escena más bien la experiencia vivida, bien bajo la forma de un cuadro, bien bajo la de un relato, que puede convertirse en el embrión de una Vida, como la de Apelas, hacia el 160 de nuestra era, que mezcla viaje, peregrinación, experiencia mística y curación.

* Asclepios en Epidauro

* su esposa

Fui enviado por el dios*, mientras estaba cada vez más enfermo, sufriendo en particular de dispepsia. Durante la travesía, en Egina, el dios me ordenó que no me dejara llevar tan frecuentemente por la cólera. Cuando llegué al santuario me ordenó que me cubriera la cabeza con un velo durante dos días en los que cayó la lluvia, que me contentara con pan, queso y finas hierbas, que me bañara solo y me ejercitara en el patio, después de que chupara una corteza de limón macerada en agua [...], que hiciera un sacrificio común a Asclepios, a Epiona* y a las dos diosas de Eleusis [...]. El primer día [...] como rezara al dios que me devolviera rápidamente la libertad, se me apareció en sueños para decirme que me hiciera una cataplasma con mostaza y sal, y después, al salir del lugar de iniciación, que me dirigiera a las termas, precedido por un pequeño esclavo con un incensario humeante: entonces escucharía al sacerdote exclamar: «Estás curado. Da lo que debes». Yo actué según lo que ordenaba el sueño, me hice la cataplasma, que me hizo sufrir, pero ya no sufrí más después de mi baño. Era el día noveno después de mi llegada. El dios me tocó la mano derecha y el pecho. A la mañana siguiente, durante el sacrificio, una chispa saltó a mi mano, que se llenó de ampollas, pero poco tiempo después se volvió sana.

Después de varios días suplementarios de cura, Apelas es curado definitivamente y abandona el santuario de Epidauro, después de mandar grabar esta estela conmemorativa que le pedía el dios. El registro de semejante cantidad de pequeños detalles, día a día, establece claramente la existencia de notas diarias.

Recientemente, las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Asia Menor han revelado, en santuarios con cultos muy variados y de distinta naturaleza, exvotos escritos que también pertenecen a la puesta en escena autobiográfica. Se les designa según su contenido indiferentemente como «estelas de expiación» o «estelas de confesión». El esquema del relato es siempre el mismo. Alguien ha cometido un crimen o un delito que ha quedado impune (robo de vestidos en los baños, de ga-

nado, etc.). Es herido por la enfermedad y la desgracia, que le incitan a un retorno sobre sí mismo, a tomar conciencia de su falta, a reconocerla públicamente en el santuario, ante los sacerdotes, durante un procedimiento ritual, a cumplir la penitencia fijada por el dios, de la que forma parte la erección de una estela conmemorativa. En ocasiones es preciso la muerte-castigo del culpable para que sus hijos comprendan y reparen la falta de su padre. El relato acaba con una acción de gracias y una doxología colectivas.

Estos documentos pertenecen tanto al relato de milagro como a la autobiografía. Incluso por su brevedad ponen de relieve esta estructura del relato para la que se ha acuñado el término de «aretalogía» (cf. p. 104), o cómo «expresar» lo que llamamos el «poder» o los «mi-

lagros» del dios. El esquema es siempre el mismo: prueba (enfermedad, persecución), situación de peligro de muerte, oración, intervención divina, conversión, doxología. La literatura judía, e incluso bíblica, integró esta forma de escritura en el siglo II a. C., reconstruyendo la historia de las persecuciones y los primeros relatos de martirio sobre el modo de cambio milagroso de la situación, como en el libro de Daniel o el Tercer libro de los Macabeos, una historia ptolemaica escrita en Alejandría en el siglo I d. C. Esta forma de escritura se utiliza en los Hechos, en particular en un episodio situado en Éfeso, cuando el autor da cuenta del cambio de los habitantes del lugar, que abandonan la magia después de los signos ofrecidos por Pablo (Hch 19,13-19). Lucas evoca la «confesión» de las faltas (*exhomologeistai*), lo cual resulta absolutamente significativo en el ambiente, en esa región en la que florecen las «estelas de confesión».

Cuaderno de notas y diario de viaje. El viaje lejano es la segunda experiencia que ha podido incitar a los individuos a tomar notas diariamente. El diario de viaje más conocido, conservado íntegramente durante toda la Antigüedad, es evidentemente la *Anábasis* de Jenofonte, aunque no es el más representativo del género. Joven intelectual formado en la escuela de Sócrates, obligado a marchar al exilio tras los golpes de Estado fallidos de la época, Jenofonte es considerado como un aventurero y reportero de guerra en la expedición de mercenarios griegos que se enrolaron con el príncipe

persa Ciro en el 401 y que lo acompañaron a Mesopotamia para tratar de derribar al rey. Después de la derrota y la muerte de Ciro cerca de Babilonia, el regreso de los griegos a su patria les obliga a largas peregrinaciones para escapar de sus perseguidores, y a un inmenso desvío por el noreste de la llanura anatolia hasta Armenia, país hasta entonces desconocido. La expedición, cuya cabeza asume a partir de ahora Jenofonte, evoluciona como un viaje de exploración. Así pues, la obra que Jenofonte escribió en su vejez, mucho después de su regreso, alterna relatos de sucesos y descripciones geográficas y etnográficas. A pesar de que el plan general sigue el orden del viaje y a pesar de que Jenofonte empleó notas tomadas en el momento, también es cierto que se distanció en la redacción final, en particular cuando escribe en tercera persona, como hará también César en sus *Comentarios* a la guerra de las Galias. Por tanto se trata, en su redacción final, de obras con la forma literaria muy elaborada.

Se nos han conservado también documentos primarios de la expedición de Alejandro entre el 332 y el 323, no sólo Memorias, como las de Ptolomeo, que fueron redactadas mucho más tarde, en el otoño de su vida, o como la *Anábasis*, sino sobre todo una especie de cuadernos de exploración debidos a los agrimensores (*bematis-tas*) del ejército de Alejandro. Eran técnicos, no escritores, encargados de medir las distancias, trazar itinerarios y, eventualmente, describir el país.

39 BETÓN, *Las etapas de la expedición de Alejandro*

* 197 km

La capital de Partia, Hecatónfilo, está a 133 millas* de las Puertas caspias. Para los que desemboquen en las Puertas, es el pueblo del Caspio el que encuentran en primer lugar, cuyo territorio se extiende hasta la costa [...]. Cuando se abando-

* 333 km

* 1.036 km; citado por Plinio. *Historia natural* VI, 44-45

* citado por Atenea 442b

Esta clase de notas de viaje, muy pragmáticas, está en el origen del género de las Etapas (*stathmoi* en griego) o los Itinerarios, que se desarrollará bajo el Imperio romano y del que se pueden citar dos notables ejemplos: el *Itinerario* de Isidoro de Charax, descripción muy completa, etapa por etapa, de Mesopotamia, y el *Itinerario de Burdeos a Jerusalén*, obra de un peregrino anónimo de mediados del siglo IV, que constituye el primer testimonio de peregrinación a Tierra Santa. Estas notas-indicaciones, que señalaban las distancias, las fronteras, los albergues de etapa, los obstáculos naturales, incluso las curiosidades, podían ser esquematizadas en un soporte duro, escudo o cubilete de viaje, o incluso ser dibujado en uno de esos mapas cuya huella se nos ha conservado en la Tabla de Peutinger.

El género del Periplo es al viaje marítimo lo que el Itinerario es al viaje por tierra. Aparecido también en el

ese pueblo para llegar al río Ciro, se franquean 225 millas* y si, de este río se vuelve a las Puertas caspias, se cuentan 700 millas*.

Betón, el agrimensor de Alejandro, en su obra *Las etapas de la expedición de Alejandro*, y Amintas, en *Las etapas*, dicen que el pueblo de los tapiros es tan aficionado al vino que no utilizan otro perfume que el vino*.

siglo IV a. C., combina instrucciones náuticas y descripción de tierras vistas desde el mar. Esta trama podía desarrollarse en un verdadero diario de viaje. Mejor que la *Anábasis* de Jenofonte, el *Periplo* de Nearco es el que nos da una idea directa de estos cuadernos de viaje. Nearco era un almirante cretense que había acompañado a Alejandro a Oriente y que fue encargado por él, en el 325, de llevar a una parte del ejército por mar, al regreso de la expedición de la India, descubriendo así el océano Índico. Su texto se conservó y lo citó íntegramente el romano Plinio en su *Historia natural*, a finales del siglo I d. C., y después el historiador Arriano, en el siglo II. Nearco registró todos sus descubrimientos, el de los brahmanes (llamados desde entonces *gimnosofistas*) y el del tigre, moviéndose entre lo real y lo maravilloso.

40 ARRIANO, *India* XI, 15, citando a Nearco, *Periplo a lo largo de la India*

* en griego, *gimnosofistas*

* 140 m

Estos sofistas viven desnudos*, exponiéndose en invierno al sol y en verano, cuando el sol quema, en los prados y los lugares húmedos, bajo grandes árboles. Según Nearco, su sombra se extiende por una superficie de cinco pletras*, y una multitud podría cobijarse bajo un solo árbol, de grandes que son.

Nearco dice que vio una piel de tigre, pero no al propio animal. Los indios afirman que el tigre tiene el tamaño de un caballo de gran talla y que su velocidad y su fuerza no pueden compararse con nada.

Relatos de mercaderes y de viajeros corrientes. Tanto en la Antigüedad como en la época moderna, los relatos de exploración son sobre todo obra de militares,

dotados de capacidades técnicas y de un sólido bagaje intelectual. Pero hoy podemos establecer que algunos viajeros corrientes, en particular mercaderes, también

formaban parte de la cultura de lo escrito, que conservaban documentos de viaje e incluso eran capaces de escribir una relación. Los mercaderes, al menos los armadores y los comerciantes (*emporoi*) que recorren el mar, participan de la cultura del libro y de lo escrito. En la *Anábasis* (VII, 5,14), justamente mientras inspecciona algunos restos en una playa, Jenofonte observa que algunos «papeles con escritura» figuraban en los equipajes encallados, entre la variedad de cosas que los comerciantes llevaban habitualmente consigo. Más tarde, Polibio (XII, 25,6) echa la culpa a los pilotos del navío, que lo dirigen únicamente con un libro, lo que sugiere el embarque de portulados [cartas] o instrucciones náuticas. Finalmente, desde el siglo IV a. C., para hacer frente a cualquier control, los comerciantes transportaban con ellos «papeles de a bordo», que daban cuenta de su procedencia y su itinerario, así como del origen de su cargamento. Como atestiguan los restos de naufragios, esos documentos fueron escritos primeramente en tablas de madera o de plomo, después en *ostraka*, empleados hasta la época helenística, y en papiro. Podían ser manejados por un «escriba de a bordo» (*phortou mnemon*), figura que ya aparece en la *Odisea* (VI, 163). Así pues, todo indica que los comerciantes llevaban consigo un cierto número de escritos en soportes diversos, documentos administrativos, correspondencia y documentos de viaje que podían estar en la base de un diario de viaje.

Este contexto cultural, que no ha sido puesto de relieve más que recientemente por A. Bresson («L'attentat d'Hiéron et le commerce grec», en *La cité marchande*, Burdeos, 2000), arroja una nueva luz sobre el problema de las «secciones "nosotros"», escritas en primera persona del plural en los Hechos. Aparecen en tres ocasiones: primero en un momento clave,

fuertemente simbólico, de la misión de Pablo, cuando éste pasa a Europa conforme a la visión de un macedonio (Hch 16,9-10); después, para introducir el regreso de Pablo a Jerusalén como resultado de su última misión en Grecia, otro momento simbólico (Hch 20,5-15; 21,1-18); finalmente y sobre todo en el relato del viaje en cautividad a Roma, que incluye el drama del naufragio (Hch 27-28). Desde hace más de un siglo se discute el valor histórico de estos pasajes, considerados alternativamente como un simple procedimiento de escritura, destinado a autenticar acontecimientos capitales en la vida del apóstol bajo el manto del testimonio ocular (cf. pp. 7 y ss.), o como la inserción de verdaderas notas de viaje. Muy recientemente, al estudiar el relato del viaje marítimo a Roma desde el punto de vista de la geografía, las instrucciones náuticas, la navegación y las escalas en la región, Ch. Reynier ha demostrado el gran tecnicismo de este pasaje, que no deberíamos confundir con una ficción novelesca (cf. p. 76). Si consideramos que el propio Pablo y su familia, así como otras personalidades de la misión, como Áquila, Febe o Cloe, pertenecían a ese ambiente de comerciantes internacionales, cuya figura emblemática en los Hechos representa Lidia, parece plausible, si no verosímil, que algunos compañeros del apóstol hubieran escrito un diario de viaje.

Podemos tener una idea del estilo y del contenido de estas recensiones, que no tenían por autores a intelectuales y que ante todo poseían un carácter pragmático, a través de la obra de Heráclides el Cretense, que recorrió Ática, Grecia central y Tesalia, sin duda a mediados del siglo III a. C. Anotaba las etapas, las distancias, el estado de los caminos, la calidad de la hospitalidad local, todo sazonado con algunas descripciones del paisaje e impresiones turísticas.

41 HERÁCLIDES EL CRETENSE, *Notas de viaje*

De allí a Atenas. El camino es agradable. los campos de alrededor están enteramente cultivados y, según parece, son hospitalarios. La ciudad está completamente seca. está mal provista de agua y, por el hecho de su antigüedad, tiene mal distribuidas las calles y los barrios. La mayor parte de las casas son sencillas, pocas son confortables. A primera vista, un extranjero difícilmente podría creer que se trata de la famosa Atenas, pero muy rápidamente lo creerá naturalmente, dado que en ella se encuentra lo más hermoso de la tierra: un teatro que merece ser mencionado —es grande y admirable—, un suntuoso santuario de Atena que se ve de lejos y que merece ser visto [...]. Tres gimnasios [...], fiestas de todo tipo: pasatiempos recreativos para el espíritu junto a filósofos de todas las Escuelas: numerosos días feriados; espectáculos permanentes.

Esta presentación para el viajero de su etapa ateniense no deja de recordar dos pasajes de Hechos, la llegada de Pablo a Atenas (Hch 17,18-21.23), donde el autor observa de la misma manera el acceso, el paisaje monumental, el comportamiento de los habitantes y las Escuelas filosóficas; pero también el desembarco de los naufragos en Malta (Hch 28,2.10). Y, como hace Lucas para los malteses, Heráclides encadena algunas consideraciones sobre la prosperidad del lugar y sobre la hospitalidad de los atenienses, que «son generosos, sencillos en sus maneras, naturalmente atentos con sus amigos [...]». De forma general, por todas las alegrías de la existencia, Atenas supera a todas las otras ciudades». Y viene a la memoria el verso de Lisipo: «Si no has visto Atenas eres un tronco. Si la has visto sin conmoverte, eres un asno.

Si te ha complacido y te has alejado de ella, eres una acémila».

Efemérides reales y circulares de corte. Las efemérides reales constituyen la última forma de «diario» que nos ha transmitido la Antigüedad. En esta ocasión, el género se remonta a la corte de Macedonia y al reinado de Alejandro. Las efemérides de su chambelán, Cares de Mitilene, alimentaron ampliamente las historias posteriores de Alejandro hasta la *Vida* que le dedicó Plutarco (cf. p. 91). En el siglo II d. C., el *popurri* enciclopédico de Atenea de Naucratis cita numerosos y largos fragmentos de ella, así como otras efemérides de la corte ptolemaica. Esta literatura conservaba evidentemente el detalle de momentos decisivos, dramáticos o anecdóticos del reinado, como un accidente.

42 PLUTARCO, *Sobre la virtud de Alejandro* 2,9 (citando a Cares de Mitilene)

Según Cares, en la batalla de Isos, Alejandro fue herido en el muslo con un golpe de espada por el rey Darío, con quien peleaba en un cuerpo a cuerpo. El propio

Alejandro lo comentó con sencillez en su correspondencia con Antípater: «Sucedió que me hirieron en el muslo con un golpe de puñal, pero nada lamentable me sucedió, ni entonces ni después».

La circulación de la información es muy clara: el acontecimiento fue consignado en las efemérides y en la correspondencia de Alejandro con el regente que había dejado en Macedonia. Por otra parte, no es tan anecdótico como podría creerse, porque se trata de un duelo entre jefes, escena emblemática de la historiografía persa. En efecto, parece que las efemérides habían popularizado escenas bastante estereotipadas de la vida de corte: audiencias solemnes, gozosas entradas en ciudades sometidas, banquetes, ejecuciones espectaculares. En este sentido, siguieron a las *Historias persas* escritas por los griegos a partir del siglo V a. C. En los evangelios, la puesta en escena de la ejecución del Bautista, durante un banquete real, conserva algo de ello (Mc 6,21-28; Mt 14,6-11; cf. p. 71), así como la evocación de la muerte de Herodes Antipas como acontecimiento espectacular en los Hechos de los Apóstoles (Hch 12,21-23). Pero su precisión cronológica, el detalle de los hechos, la celebración de las hazañas militares y las liberalidades de los soberanos proporcionaban tam-

bién la materia de los Hechos, que éstos redactaban o hacían redactar para su gloria.

Los Hechos

El género histórico de los Hechos (*praxeis*), a los que los cristianos del siglo II vincularon el segundo libro de Lucas, había aparecido en el siglo IV a. C., en la corte de Macedonia, bajo Filipo II, el padre de Alejandro. La primera obra histórica en llevar ese título fue una historia de acontecimientos, un tipo de *Historia griega* (*hellenikai praxeis*), centrada, según parece, en el ascenso de Filipo II. En efecto, casi inmediatamente el género evolucionó de la historia general a la monografía organizada en torno a una personalidad destacada, conservando siempre su carácter fáctico. Las recopilaciones de Hechos fueron numerosas, ya estuvieran dedicadas a Alejandro o a sus sucesores. Su contenido pertenece frecuentemente a la historia militar, y eso permanecerá como una característica del género, como lo confirma un historiador anónimo de la corte del rey de Bitinia entre los siglos II y I a. C.

43 PSEUDO-ESCIMNO, *Circuito de la tierra*, prólogo

Divino rey Nicomedes [...]. La obra aquí producida, con sus contornos bien delimitados, he querido de corazón que resulte útil: a través de ti, todos aquellos a los que atrae la ciencia encontrarán en ella un común beneficio [...]. Me corresponde hablar de las hazañas de la forma más económica.

Así se presenta lo que he escrito. Para la casa real de Pérgamo, hoy extinta, pero cuya gloria sigue estando para siempre muy viva entre todos nosotros, alguien, entre los verdaderos filósofos áticos, que había escuchado al estoico Diógenes y durante mucho tiempo había frecuentado la escuela de Aristarco, compuso, par-

* *chronografía*

* *praxeis basileuōn*

* *epitome*

tiendo de la conquista de Troya, una historia de acontecimientos* que llega hasta nuestros días.

Expuso el curso de los mil cuarenta años que había tomado como marco, enumerando capturas de ciudades, desplazamientos de tropas armadas, migraciones de pueblos, invasiones bárbaras, salidas de escuadras y guerras de corso, armisticios, alianzas, treguas, batallas, hechos de reyes*, vidas de hombres ilustres, retiradas, ataques, caídas. Hizo un resumen* de estos hechos que había descrito con profusión [...].

Personalmente me he empeñado en procurarme a mí mismo la prueba remitiéndome a trabajos dispersos [...].

Así pues, estos materiales «dispersos» que utilizan los autores de Hechos son listas analíticas de acontecimientos (o *cronografía*), del tipo de la *Crónica de Paros* ya citada (cf. p. 33), historias militares –puesto que se trata de dar cuenta de hazañas–, relatos de viaje. En la época helenística, los Hechos continúan perteneciendo a la literatura de corte, de donde también procede el género de la Vida de hombres ilustres (cf. pp. 89 y ss.), representado por la obra de Plutarco que ha llegado hasta nosotros. Por tanto hubo una relación bastante estrecha entre los Hechos y las Vidas.

Fue Calístenes, sobrino de Aristóteles y miembro de la expedición de Alejandro hasta el 327, quien dio esta nueva dimensión a esa forma de escribir la historia. Los *Hechos*

de Alejandro eran el complemento a una *Historia griega de treinta años*, en diez libros, dedicada a los reinados de Filipo y Alejandro. Calístenes también había redactado un *Periplo*, como Nearco, para dar cuenta del viaje y las exploraciones del conquistador. Así pues, le correspondía a la redacción de los *Hechos* deducir la estatura carismática del conquistador a través de episodios significativos. El libro se perdió, pero sabemos que inspiró la *Vulgata* de la historia de Alejandro, compuesta en Alejandría por Clitarco, que vivió, según parece, bajo el reinado de Ptolomeo I (ca. 305 – ca. 282); la obra se bañaba en lo maravilloso, así como en otras historias populares del conquistador que han permanecido anónimas. Se piensa que el famoso episodio del oráculo de Si-Wa, que reconoció el nacimiento divino de Alejandro, procede de los *Hechos*.

44 Anónimo, *Historia de Alejandro*

Alejandro se apoderó de Egipto y pasó a Libia. Tuvo que franquear una inmensa región de arena, sin agua, y llegó al santuario de Amón, que está en un oasis regado [...]. Conforme a la leyenda, los dioses, atacados por los titanes, llegaron a Egipto y allí se metamorfosearon en toda clase de animales de especies diferentes. Zeus se transformó en carnero [...]. Cuando Alejandro llegó al santuario, como si allí encontrara igualmente un oráculo, quiso preguntarle e incluso usó la violencia cuando el sacerdote y el adivino le respondieron que era imposible preguntar al oráculo ese día. Ante sus amenazas, el sacerdote le dijo: «Joven, eres in-

vencible». Al oír estas palabras, Alejandro se llenó de alegría. Inmediatamente después el adivino añadió: «No eres el hijo de Filipo, eres el hijo del propio Zeus Amón». Alejandro se acordó entonces de las palabras de su madre Olimpia, que pretendía que una serpiente se había unido a ella para engendrar a Alejandro.

Los otros historiadores de Alejandro están de acuerdo en el hecho de que el sacerdote saludó a Alejandro como «hijo de Amón», empleando el título faraónico, pero esta historia redactada en un estilo muy ordinario, para un público sencillo, utiliza ampliamente los temas populares de la metamorfosis y el nacimiento milagroso (cf. p. 99). El sustrato de los *Hechos* se muestra en el recurso al estilo directo, sugiriendo una recopilación de

«dichos» y de «hazañas». En el paso de los siglos IV al III a. C., algunos de los sucesores inmediatos de Alejandro redactaron ellos mismos sus *Hechos*. Antípater, regente de Macedonia, lo hizo a partir de sus *Memorias*. Los *Hechos de Pirro*, rey de Epira, también fueron editados sin duda por el propio rey. Ninguno de estos libros se ha conservado, porque, aunque fueron muy utilizados, no se les reconocía valor literario.

45 PAUSANIAS, *Periégesis (Descripción de Grecia)* I, 12,2

* *syngrafeus*

* *erga*

Existen libros que debemos a gentes que no son conocidas como historiadores* y que llevan como título «Memorias de las acciones»*. Cuando los leo, experimento –a propósito de Pirro– una viva admiración por la audacia que mostraba en el combate.

Este juicio de un lector del siglo II d. C. permite establecer, pues, que esta literatura perdida cultivaba cada vez más una dimensión «heroizante» y trataba de crear una relación de empatía entre el lector y el héroe, muy lejos de pretender la síntesis histórica que constituye en la Antigüedad la «gran historia». Todas las simplificaciones, todas las interpretaciones estaban admitidas: de los *Hechos de Aníbal*, redactados por un historiador espartano a finales del siglo II a. C., se decía que «no [tenían] rigor» (*asystrofoi*) «ni exactitud» (*analetheis*).

En general, los *Hechos* eran un complemento a otro libro con la forma histórica más elaborada: una *Historia de treinta años* para Calístenes, una *Autobiografía* para Augusto, cuyos *Hechos* (*Res gestae* en latín) son los únicos del género que han llegado hasta nosotros, bajo la forma de inscripciones, porque fueron publicados en todas las capitales provinciales del Imperio. Por tanto, se trata evidentemente de una escritura abreviada de la historia. La trama analítica es muy aparente en el registro de los hechos.

46 *Res gestae divi Augusti* 1.4.8.20

Con diecinueve años recluté *motu proprio* y a mis expensas un ejército gracias al cual devolví la libertad de la República. Por esta razón el Senado me agregó a su orden, bajo el consulado de C. Pansa y de A. Hircio, concediéndome votar con el rango consular y me confirió el *imperium* [...].

* Roma

Por dos veces tuve los honores de la ovación y celebré tres triunfos y fui saludado veintiuna veces como *imperator* [...]. Fui trece veces cónsul, cuando escribí lo que precede y estuve en mi trigésimo séptimo poder tribunicio [...].

Durante mi quincuagésimo consulado, por orden del pueblo y del Senado, aumenté el número de los patricios. Dispuse tres veces la lista del Senado. Y, en mi sexto consulado, hice el censo del pueblo con M. Agripa como colega. Tenía cuarenta y dos años cuando el brillo no había sido hecho.

Siendo cónsul por sexta vez, restauré bajo la autoridad del Senado ochenta y dos templos de los dioses en la Ciudad* [...].

Los *Hechos* de Augusto son en primer lugar un inventario de hechos, ordenados cronológicamente. Por su contenido pertenecen más bien a la literatura triunfal, que no adquieren la forma de un testamento político para uso de sus sucesores, lo cual es objeto, por el contrario, de los *Comentarios* incluidos en sus documentos testamentarios. Las *Res gestae* ofrecen una explicación concreta a esta síntesis del principado que eran los *Comentarios* autobiográficos. La obra está compuesta en dos partes; propiamente hablando, los *Hechos* atestiguan el dominio del espacio mediante la enumeración de las conquistas, y las «donaciones» del emperador a sus pueblos, que merecen su reconocimiento. Los *Hechos* de Augusto recogen las mismas temáticas que los *tituli* o paneles de información que se llevaban en los triunfos, o incluso los discursos y relatos justificativos. El género de los *Hechos* encuentra indiscutiblemente su origen en la retórica del elogio: a finales del siglo V a. C., el elogio en verso de una dinastía de Asia Menor asocia

sus «palabras» (*logoi*) y sus «acciones» (*erga*). A finales del siglo I, cuando Lucas compuso su segundo libro, los *Hechos* se caracterizaban a la vez por una escritura simplificada y concreta, conforme al registro de los hechos, y por un objetivo historizante para poner de relieve una personalidad carismática, un ejemplo a imitar.

Los judíos estaban acostumbrados a esta forma de escribir la historia desde finales del siglo II a. C. Después de la guerra de liberación librada contra los excesos de la dominación griega, los dos autores de *Historias de los Macabeos* –ya se trate del judío de la diáspora alejandrina autor del segundo libro de los Macabeos o del escriba del templo de Jerusalén, autor del primero– conciben su historia como una recopilación de hazañas individuales; es decir, como *Hechos*. Hacia el 125 a. C., un anónimo explica en su prólogo por qué y cómo ha resumido las *Historias macabeas* de Jasón de Cirene, convencionalmente conocidas como el segundo libro de los Macabeos.

47 2 Macabeos 2,19-31: prólogo del compendiador

Todo lo que concierne a Judas Macabeo y sus hermanos, la purificación del gran templo, las guerras contra Antíoco Epífanes y su hijo Eupator, así como las apariciones* celestiales que tuvieron lugar en beneficio de aquellos que lucharon generosa-

* en griego, *epifanias*

* *agathoi*

* *syngrafeus*

* *kata meros*

* *historia*

mente como héroes* por el judaísmo [...], habiendo sido expuesto todo eso en cinco libros por Jasón de Cirene, nosotros trataremos de resumirlo en una sola obra. Considerando el baile de cifras y la dificultad que experimentan aquellos que quieren zambullirse en los relatos de la historia, a causa de la abundancia de la materia, hemos tenido la preocupación de ofrecer una guía de lectura a los que quieren hacerlo, para comodidad de los que les gusta memorizar los hechos, como ayuda a todos, indistintamente [...]. Hemos dejado al historiador* el cuidado de ser completos en cada acontecimiento, poniendo todos nuestros esfuerzos para trazar los contornos de un compendio [...]. Penetrar en las cuestiones y darles vueltas con curiosidad mediante monografías* conviene a aquel que quiere iniciar una investigación histórica*, pero entregarse a resumir su composición y evitar tratar exhaustivamente los hechos es una concesión hecha por el adaptador.

Las dos historias de los Macabeos utilizan una trama de acontecimientos, excepto que está segmentada en relatos individuales organizados en torno a una figura central. Por tanto, la composición no se refiere a las grandes fases de la historia general, como lo haría una *Historia universal* a la manera de Polibio o de Diodoro. El segundo libro de los Macabeos se cierra de forma inesperada con la derrota del impio general Nicanor, cuando la guerra se prolongó durante varios años, porque ese momento marca para el autor el punto culminante y el final de la gesta de su héroe, Judas Macabeo. En cuanto al primer libro de los Macabeos, compuesto más tarde, muy a finales del siglo II a. C., yuxtapone la gesta de Judas, la de Jonatán y la de Simón. Segmentar la historia de los acontecimientos en torno a figuras destacadas y significativas es también el modo de escritura utilizado en los Hechos de los Apóstoles. El material histórico está repartido allí en torno a cuatro personajes: Pedro, Esteban, Felipe y Pablo, ninguno de los cuales es seguido de principio a fin de su misión. El libro se detiene tan abruptamente como el segundo libro de los Macabeos, con la llegada de Pablo a Roma, punto culminante de la predicación; otros posibles viajes del apóstol, que sugiere la carta a los Ro-

manos, así como el relato de sus últimos años no fueron conservados. Desde un simple punto de vista biográfico, el género de los *Hechos* no apunta a la exhaustividad, no más, desde luego, que el de las *Vidas*.

Las epifanías o relatos de aparición

Los materiales de los Hechos pueden ser acontecimientos militares, pero también sobrenaturales. El primer libro de los Macabeos pertenece sobre todo a la primera categoría, mientras que el otro concede un amplio espacio a la segunda. El subtítulo de *Epifanías*, utilizado por el compendiador, se justifica por ejemplo por la historia de Heliodoro que abre el libro: principal ministro del rey Seleuco IV, cuya deuda con respecto a Roma era enorme, trató de echar mano al tesoro del templo de Jerusalén hacia el 180; le fue impedido gracias a la aparición de dos caballeros celestiales, con armaduras de oro, que se abatieron sobre él y le dejaron por muerto; reanimado por las oraciones del sumo sacerdote, se convirtió inmediatamente, conforme al esquema de los relatos aretológicos, analizados más adelante (cf. p. 104).

48 2 Macabeos 3,24-34

Estaba ya con su guardia cerca del tesoro cuando el Soberano de los espíritus y de todo poder hizo una gran aparición [...]. En efecto, apareció un caballo montado por un caballero terrorífico y con una rica armadura. Lanzándose con ímpetu, agitó contra Heliodoro sus cascos delanteros. El hombre que lo montaba parecía llevar una armadura de oro. Al mismo tiempo aparecieron otros dos jóvenes, de una fuerza notable y una gran hermosura, vestidos con vestiduras magníficas. Lo azotaban sin descanso.

Asimismo, en la víspera de las principales batallas, Judas Macabeo es confortado con la aparición de guerreros celestiales (2 Mac 3,24-26; 5,2; 10,29; 11,8; 15,21-23). En la historiografía griega, los acontecimientos sobrenaturales forman parte intrínseca de la historia militar, habida cuenta de que el desarrollo de las guerras está acom-

pasado por la celebración de ritos y la búsqueda de presagios. En la historia de las guerras médicas, el relato de la batalla de Maratón, como estaba representada en un famoso cuadro, hace intervenir a héroes autóctonos, que son levantados del suelo de Ática para ayudar a los combatientes a defender la patria.

49 PAUSANIAS, *Periégesis (Descripción de Grecia)* I, 15,3; 32,5

En el extremo de la pintura están los combatientes de Maratón. Los beocios de Platea y todo el ejército ático llegan a las manos con los bárbaros [...]. En el extremo del cuadro están los navíos fenicios y los bárbaros precipitándose hacia ellos, perseguidos por los griegos, que los masacran. Ahí es donde también se encuentran dibujados el héroe Maratón, que dio su nombre a la llanura, Teseo, representado como saliendo de la tierra, Atena y Heracles, al que las gentes de Maratón fueron las primeras –según se dice– en considerar como un dios. Los combatientes que están particularmente destacados en el cuadro son Calímaco, elegido polemarca por los atenienses, Milcíades, entre los estrategas en función, y el héroe llamado Equetlo [...].

Sucedió –según se dice– que, en el curso de la batalla, se presentó alguien que tenía la apariencia y el equipamiento de un campesino. Mató a un gran número de bárbaros con su arado y desapareció tan pronto como acabó el combate. Sin decir nada más sobre él, el oráculo* ordenó a los atenienses que le preguntaban que se le rindiera culto bajo el nombre del héroe Equetlo.

* de Delfos

La víspera de la batalla, por otra parte, un mensajero de Atenas había recibido una aparición de Pan, el dios que lleva al ejército a la derrota (Heródoto, *Investigaciones* VI, 105-106). Asimismo, durante la batalla de Salamina se habían escuchado ruidos misteriosos, signos de la presencia de los dioses (Plutarco, *Vida de Temístocles* 15,1-2). En la época helenística, la *Crónica de Lindos*, lo mismo que el segundo libro de los Macabeos (2,21), atestigua que las epifanías se convirtieron en un género historiográfico; al menos cuando se trata de escribir la historia local, donde las apariciones, en una coyuntura dramática, se consideran como indicaciones memorables donde las haya. La *Crónica de Lindos*, recordémoslo, se subdivide en dos rúbricas: las «ofrendas», largo catálogo que ofrece la base de una historia de acontecimientos construida sobre grandes figuras, míticas o históricas (cf. más arriba, p. 23), y las «apariciones». Esta serie incluía cuatro relatos, de los que se nos han conservado tres, donde se mezclan el largo relato de un «milagro de la lluvia», mediante el cual Atena obligó a los persas a levantar el asedio en el 490, y la anécdota del filósofo que se suicidó en el santuario, en la que la aparición de la diosa sirve para indicar el ritual de purificación apropiado.

En la memoria de los habitantes de Rodas, el relato histórico tiene la misma función que una aretalogía, puesto que debe hacer que el lector comparta el temor sa-

grado que «golpea» al almirante persa reduciéndolo a la impotencia y que es el revelador de la presencia divina. En el siglo v a. C., las ciudades consignaron estas apariciones como una parte importante de su historia local. Delfos había disfrutado de varias apariciones e intervenciones de Apolo durante las invasiones persa y gálata, en el 480 y el 277 (Heródoto, *Investigaciones* VIII, 36-37; Pausanias, *Periégesis* X, 23). Las apariciones eran registradas en los archivos públicos y frecuentemente eran objeto de una propaganda monumental, como lo atestiguan las inscripciones de Cos, Panamara y Magnesia del Meandro. En estos relatos de aparición, la presencia visible de un ser sobrenatural no es obligatoria: también puede tratarse de un fenómeno atmosférico achacado a la divinidad. Otras veces, la divinidad local es identificable, por ejemplo Apolo y Artemisa con su arco en Delfos. Por último, la historiografía griega, como la historiografía bíblica, utiliza ampliamente el motivo del fuego celeste, en el que los griegos reconocían una epifanía de Zeus, o incluso el de guerreros de una grandeza sobrehumana, ángeles para los judíos, héroes para los griegos. La tradición local de las epifanías continuó alimentando la primera hagiografía cristiana: por ejemplo, santa Tecla salvó a la ciudad de Estratónica de Caria de la misma forma que lo había hecho el Zeus cariano de Panamara al enviar el fuego celestial contra los enemigos que amenazaban la ciudad y la basilica.